

¿ARGEL O BOHEMIA? EL DILEMA ESPAÑOL (1618-1619): 2ª PARTE

por BOHUMIL BAÐURA
(Praga)

Complicaciones originadas en Bohemia. Reacciones ante ellas

Pronto a las preocupaciones de los españoles se le sumó otra absolutamente inesperada, que fue tomando progresivamente una importancia cada vez mayor. Ya iban de camino a Madrid las cartas de Íñigo Vélez de Guevara y Tassis, conde de Oñate, embajador español en la corte imperial, con la noticia de la rebelión de los estados de Bohemia y copia de su dictamen del 30 de mayo de 1618, escrito a petición de los legados del emperador, el mayordomo mayor Trautson y el canciller del Reino de Bohemia Zdeněk Vojtěch Popel de Lobkovic. Cuenta en ellos que la revuelta era un asunto muy grave, que merecía castigo, atenuado a la sazón por la acostumbrada demencia del emperador. Pero esto no sería posible sin armarse. Componiéndose este negocio sin autoridad y fuerza, el emperador no lograría evitar la guerra ni retrasarla, pues quienes habían llegado tan lejos, no cejarían, si tuviesen ayuda del exterior, en lo que habían comenzado, y si no la tuvieran, la buscarían y la hallarían entre los muchos oponentes de la casa de Austria. Y el emperador tendría además tanto menos poder y apoyo cuanto más debilidad mostrase. Oñate recomendaba, a pesar de todo, comunicar a Bohemia que en caso de que los revoltosos devolviesen el castillo de Praga, interrumpiesen el reclutamiento y disolviesen el ejército que habían reunido, el emperador a su vez pararía el reclutamiento que había ordenado y enviaría comisarios imparciales a juzgar las quejas de las partes, para que los agravios fuesen corregidos con la equidad e imparcialidad con que el emperador siempre procedía con sus fieles vasallos. Si esta benévola oferta no hiciese efecto, estaría claro que mantenían su actitud rebelde con obstinación y todos los príncipes desapasionados reconocerían el santo propósito del emperador. Oñate proponía en tal caso pedirle al arzobispo de Salzburgo que pusiese a disposición del emperador de 1.000 a 1.500 hombres, y al duque de Baviera que enviase más soldados a la frontera, bajo el mando de Tilly, que estaría pronto con un regimiento de 3.000 para ayudar al emperador. Sería preciso pedirle al duque de Sajonia permiso para reclutar 500 hombres y al archiduque Alberto que aumentase los efectivos en las fronteras, para contener a los holandeses y a los príncipes protestantes. A la vez Oñate consideraba imprescindible que el propio emperador se armase también sin dilación, pues la negociación, si no se apoyaba en la fuerza, no traería el resultado apetecido. Dado que no estaba en peligro solamente la reputación del emperador, un gran reino y la corona imperial, sino incluso toda su casa en Alemania, era necesario que pusiese todos sus esfuerzos en apagar rápida y poderosamente esta llama, con

lo cual se evitaría una larga guerra, y lo que hubiese que invertir para ello se sacaría de los checos culpables. En opinión de Oñate, sería posible emplazar en Austria, en Moravia y en Silesia 7.000 soldados de a pie y 1.500 jinetes. A ellos podrían añadirse los 1.000 infantes que se esperaban del arzobispo de Salzburgo y los 1.000 al mando de Stauder. Otros soldados podrían venir, tras un acuerdo con el rey Fernando, de Friuli (donde seguían aún tras el fin de la guerra entre Fernando y Venecia), en concreto el regimiento de infantería del barón de Créange, que contaba con 2.000 hombres, 500 jinetes de Marradas y otros 300 de Dampierre. Por lo que tocaba a la ayuda española, que el emperador solicitaba a Oñate, él se contentaría de que viniese el regimiento de Créange, al cual sustentaría hasta recibir la respuesta del rey.¹ Tras la influencia y persuasión de Oñate, el emperador escribió a Felipe III el 1 de junio comentándole que era necesario prepararse para una guerra abierta y le pidió ayuda. Al archiduque Alberto había solicitado dos días antes que le enviase al conde Buquoy como comandante supremo de las tropas imperiales.² Si bien es cierto que Oñate, en su carta del 6 de junio, expresaba el deseo de que el asunto checo se resolviese sin armas, daba a entender claramente que no tenía esperanzas en esa solución. Exponía a la consideración de su rey el envío de 10.000 o 12.000 hombres desde Nápoles a través de Istria, o en caso de que esto fuese difícil, de algún ejército desde Flandes y desde Milán. Él mismo se animaría a ayudar más, si no anduviera tan escaso de dinero. Pedía que este le fuese enviado con rapidez.³

Un mes más tarde, el 6 de julio, la cuestión de la ayuda española para la represión de la rebelión de los estados de Bohemia se hizo sitio en el orden del día de las discusiones del Consejo de Estado. Allí, como ya señaló Bohdan Chudoba, Zúñiga concluyó que era necesario mantener Bohemia, no solamente por la fama de la casa de Austria, sino especialmente porque constituía la fortaleza de la cual dependía el poder español en Flandes e Italia. Difícilmente mantendría España estos estados sin un dominio de los Habsburgos en el imperio, “y de toda la grandeza que la casa de Austria tiene en Alemania es el corazón el Reino de Bohemia, porque demás de ser el escalón para el imperio por el voto que el Rey tiene en la elección, consiste en él principal caudal de su patrimonio en materia de hacienda”.⁴ El Consejo de Esta-

¹ Parecer que dio el conde de Oñate mi señor en 30 de Mayo a lo que de parte del emperador se le propuso sobre los movimientos de Bohemia. Biblioteca Nacional, Madrid (en adelante BNM), Ms. 18.435, ff. 133-136. Véase también Antonín GINDELY, *Dějiny českého povstání léta 1618* (Historia de la sublevación de Bohemia del año 1618), Praha 1870, vol. I., p. 272, y Bohdan CHUDOBA, *Španělé na Bílé Hoře. Tři kapitoly z evropských politických dějin* (Los españoles en la Montaña Blanca. Tres capítulos de la historia política europea), Praha 1945, p. 223.

² CHUDOBA, op. cit., p. 222.

³ Puntos de la carta de Oñate del 6 de mayo, AGS, Estado, leg. 711, ff. 199-200.

⁴ CHUDOBA, op. cit., p. 226. En español lo presenta Eberhardt STRAUB, *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635*, Paderborn – München – Wien – Zürich 1980, p. 133. Aunque ya GINDELY (en *Dějiny českého povstání*, ed. cit.) había usado muchas fuentes de Simancas y CHUDOBA (op. cit.) aportó otras observaciones sobre la posición de España en este conflicto, el capítulo de STRAUB sobre la Guerra de Bohemia es valioso, y no sólo por su propia interpretación, sino también por los extractos de documentos que presenta, a partir de los cuales desarrolla sus observaciones.

do asumió como propia la postura de Zúñiga sobre la relevancia de Bohemia y se identificó también con sus restantes opiniones, de forma que el acta de la reunión no es sino su reproducción. La propuesta de Oñate de enviar tropas desde Italia o Flandes la consideró prematura, entre otras cosas porque el emperador no había solicitado aún tal cosa, según se desprendía de la misiva de Oñate. Además, si el ejército del rey español entrase en Alemania, podría tenerse por casi seguro que los holandeses, todos los príncipes protestantes y acaso también Francia se alzarían contra ello con todas sus fuerzas y se desataría en Alemania una guerra religiosa, considerada siempre muy dañina. Pero si los holandeses efectivamente se mezclasen en el asunto y enviasen tropas en ayuda de los bohemios, el Consejo tendría por adecuado que se indicase al archiduque Alberto que según la situación enviase algún cuerpo de caballería y de infantería, aunque tuviese que formarlos para ello. Pero esto realmente sólo en el caso que los holandeses se moviesen. Era preciso aprobarle a Oñate que mantuviese el regimiento de Créange y eventualmente que pagase 500 jinetes a Marradas, si no pudiese mantenerlos el emperador. Habría que escribirle, sin embargo, que se esforzase por pacificar los movimientos en Bohemia negociando, para lo cual parecía ser más adecuada y más aceptable para los checos la persona del archiduque Maximiliano. Si fuese necesario que el rey español apoyase al emperador con fuerzas aún mayores, el Consejo proponía, también aquí de acuerdo con Zúñiga, reclutar a los católicos suizos que, “por ser casi de la misma nación alemana no causarían el mismo escándalo en el imperio que si entrasen allí españoles e italianos”. El Consejo recomendó solucionar la acuciante necesidad de dinero del embajador con el envío de 200.000 escudos en vez de los 100.000 ofrecidos previamente.⁵ Al final todavía habló el confesor. Dijo que, como no alcanzaba el dinero ni para la defensa del reino de España y para rechazar las incursiones que realizaban los piratas, ni incluso para el intento secreto (o sea, la campaña contra Argel) para lo que no se puede prevenir lo necesario, juzgaba que se debería atender en primer lugar estas cosas, por ser las más importantes. Pero si el rey estimase que había recursos para todo, tenía por muy justo que se apoyase también eso de Alemania.⁶ Comenzaba a perfilarse el dilema ante el que se encontraría la monarquía española durante los próximos seis meses.

⁵ Escudos, ducados y reales son las unidades monetarias mencionadas más frecuentemente en las fuentes españolas de ese tiempo. El escudo equivalía a diez reales de plata, el ducado a once. En los documentos a veces se habla de la misma cantidad como escudos o ducados. En la correspondencia de Oñate se habla a menudo de pagos en florines. El año 1618 un ducado equivalía a casi dos florines, en septiembre de 1621, como se desprende de la facturación de las soldadas por Ugarte, la proporción era 1 a 4,4. Cfr. la relación de Hurtaño de Ugarte, Viena, 21-IX-1621. AGS, Estado, leg. 2506, f. 58. Según la noticia del cardenal Dietrichstein del mayo de 1620, un escudo valía en Viena 2,5 florines y 4 o 6 craiceres. Ver Francisco de Dietrichstein a su hermana la marquesa de Mondéjar, Viena, 2-5-1620. Moravský zemský archiv (en adelante MZA), G 140, cartón 446, No. 1910, f. 84.

⁶ Consulta del 6-VII-1618. AGS, Estado, leg 711, f. 201-202. La opinión final del confesor publicó textualmente Peter BRIGHTWELL con la advertencia de que las palabras “intento secreto” se refieren a la campaña contra Argel, hablando de ella como del plan español, pero sin desarrollar este tema. Ver su estudio “The Spanish Origins of the Thirty Years’ War”, en: *European Studies Review*, vol. 9 (1979), pp. 423-424 y 430. El autor dedica en este estudio gran atención a los comienzos de la ayuda

En respuesta a esta consulta, Felipe III ordenó entre otras cosas que el Consejo sopesase si no sería bueno poner en conocimiento de la guerra incipiente al Papa y al rey de Francia y exhortarles a que ayudasen, porque si lo hiciesen, quizá fuese posible sobrellevar esta nueva carga, algo que en caso contrario el rey tenía por imposible.⁷ En el transcurso de la siguiente sesión del Consejo del 14 de julio, en la que tomaron la palabra el cardenal de Toledo, el duque del Infantado, A. Messía, el marqués de la Laguna, el confesor y Baltasar Zúñiga, se presentó el duque de Lerma. En su intervención comunicó que era consciente de lo justo y conveniente que sería que el rey de España ayudase al emperador, por una parte por ser un asunto católico y por la estrecha relación de parentesco entre Felipe III y los príncipes de la dinastía austríaca. Por otra parte debido a que si no se mantenía la grandeza de esta casa en Alemania y el imperio en sus manos, se verían amenazados los estados españoles tanto en Italia como en Flandes. Había que sopesar asimismo la apurada situación de las finanzas españolas, cuya escasez había obligado a España al armisticio con los holandeses y a la paz actual en Italia. Todo ello podría haber sido muy distinto en caso de abundancia de dinero. Y además al ver como eran assoladas por los piratas las costas españolas, sin que hubiese medios para remediarlo, no sabía como podría el rey dejar de lado sus propios asuntos y defender cosas ajenas. Tras escuchar al presidente del Consejo de Hacienda se convenció de que no había medios para fletar un número suficiente de navíos para castigar a los piratas, que se apoderaban sin cesar de las propiedades de los vasallos del rey. Así las cosas, no sabía cómo sería posible hacer tan grandes providencias como se necesitarían en Alemania de empezar la guerra, cuando era preciso llegar casi al límite para conseguir 100.000 ducados. Y pensar que una cantidad tan exigua pudiese bastar para contentar al emperador y al rey de Bohemia, Lerma lo consideraba improbable. Podría tan sólo dar la impresión de que tras ese comienzo se les ayudaría con medios aún mayores y servir para que se aventurasen a la guerra, de forma que cuando no recibiesen las inyecciones de dinero, a lo que se llegaría sin duda, no serían capaces de acabarla y ponerse de acuerdo con los rebeldes, como lo serían ahora si se les sacase del error de que el rey español puede ayudarles. La intervención de Lerma suscitó nuevos debates. Messía afirmó que el asunto de Bohemia llegaba en un muy mal tiempo, cuando en España se estaba tratando de preparar las armadas y llevar a cabo la empresa secreta. El estado de las finanzas no permitía que se dedicase dinero a ambas cosas. Y los piratas continuarían con sus atrevimientos, si no se pusiese el pensado remedio, lo cual redundaría en daño de los súbditos y pérdida de la reputación. Por eso Messía proponía que los 100.000 ducados para Oñate sirviesen para pagar a los soldados de Friuli y que el embajador fuese avisado de que esa era la última ayuda que el rey podía enviar. El confesor añadió que España no podría resistir una guerra contra Alemania, pues ni para la

española al emperador y basándose en el análisis de las consultas del 6 y 14 de julio de 1618 señala la insuficiencia de la exposición de CHUDOBA. Después de un año la opinión del confesor es reproducida por STRAUB, *op. cit.*, p. 135, pero sin relación al tema de este artículo.

⁷ Consulta del 14-VII-1618. AGS, Estado, leg. 711, f. 205-209.

guerra en Italia, en la que el rey tenía tanto interés, habían alcanzado los medios. No sabía, de donde podría el rey sacar el dinero para esa ayuda, “aunque quisiese aventurar el dejar la jornada secreta”. Esto, sin embargo, no era conveniente, pues si se pusiese en un platillo de la balanza las preocupaciones derivadas de los sucesos de Alemania, y en el otro, lo que se sufría por los piratas, lo segundo parecía más cercano y precisaba la solución más prioritaria. Por eso no se debería en ningún caso abandonar la jornada secreta. De nuevo tomó la palabra también Zuñiga. Lo mejor en su opinión sería terminar el conflicto en Bohemia por medios pacíficos, de acuerdo a las instrucciones que había recibido Oñate. Pero si esto no fuera posible, tampoco lo sería faltar por el rey al socorro de Alemania, lo cual tenía por cosa que se debía poner en primer lugar a todas las otras corrientes. Cerró el orden del día Lerma, diciendo que estaba de acuerdo con el confesor y añadiendo que los mencionados 100.000 ducados debían servir para pagar y licenciar a las tropas de Friuli, y que así lo entendiesen el emperador y el rey de Bohemia, pues no era posible hacer más por parte de España en ese momento.⁸

Oñate tenía ya de antes la orden de pagar y licenciar al ejército, que había luchado a sueldo de los españoles en la guerra recién terminada de Fernando contra Venecia. Pero no había podido hacerlo, porque no le había llegado el dinero, cuyo envío volvió a solicitar. En noviembre de 1617 había comunicado que el pago de estos soldados ascendía a 50.516 florines mensuales. De Milán tendría que recibir cada mes para pagarlos 30.000, pero ya llevaba nueve meses sin recibir nada. Por eso había escrito a Madrid pidiendo el envío de 300.000 escudos, 270.000 para licenciar a los soldados y el resto para los gastos de la embajada.⁹ Pese a ello y a la recomendación del Consejo del 25 de enero de 1618 de que le fuesen concedidos los medios necesarios,¹⁰ recibió en marzo de 1618 libranzas para tan sólo 100.000 escudos, a pagar en cuatro meses de mayo a agosto.¹¹ No podía estar contento con esta cantidad porque las deudas que tenía con los prestamistas, entre las que se contaban los 80.000 florines que había tomado prestados para la guerra en Friuli su antecesor Zuñiga, crecían con nuevos y nuevos intereses. El embajador debía pagar además las pensiones de algunas personas en el imperio, con las que España estaba comprometida. Estos eran sus problemas financieros ya antes de ofrecer al emperador la ayuda del regimiento de infantería de Créange. No se atrevía a seguir manteniendo a su servicio a la caballería de Marradas, a la que debía igualmente las soldadas. Pero tomó al servicio de España una compañía de infantes, para agregarla a la división de

⁸ Ibidem. El día de 18-VII-1618 el Consejo de Estado, tratando por orden del Rey sobre como utilizar los 100.000 ducados que se enviaban a Oñate, recomendó que sirviesen para pagar y mantener a los soldados, pues si fuesen licenciados en esas circunstancias se pasarían al partido contrario. La apurada situación surgida “leatañe a Vuestra Majestad tanto o másque al Emperador, y es por ello necesario que este asunto se considere como uno de los más importantes que podrían aparecer (...)”. AGS, Estado, leg. 711, f. 210.

⁹ Puntos de la carta de Oñate del 4-XI-1617. AGS, Estado, 711, f. 30.

¹⁰ AGS, Estado, leg. 711, f. 180.

¹¹ Oñate a Felipe III, Viena, 14-III-1618. AGS, Estado, leg. 2503.

Créange.¹² A los soldados de Marradas, cuyo número había crecido tras su llegada de Friuli hasta 1.000 hombres, el emperador decidió mantenerlos a partir del 17 de junio.¹³ La llegada del regimiento de Créange llevaba aparejada nuevos gastos: el rey Fernando les dio pan a cuenta de Oñate, el archiduque Maximiliano les prestó algo para el camino a través del Tirol y el embajador tuvo que pedir prestado para ellos de diversas personas. Estas deudas, unidas a las soldadas que estaba debiendo, ascendían a comienzos de septiembre a 133.000 florines.¹⁴

Cuando el Consejo de Estado trató el 18 de julio sobre la forma en que Oñate tenía que emplear los cien mil ducados que se habían aprobado para él cuatro días antes y que Lerma quería emplear para licenciar al ejército, llegó a la conclusión de que había que utilizarlos para otro pago a los soldados de Friuli, “pues si fuesen licenciados ahora, significaría mostrar debilidad y pasarían al bando enemigo, de lo que vendrían grandes daños.”¹⁵ Así se confirmó la opinión de Zúñiga del 14 de julio cuando juzgó que licenciar a estos soldados, que ya sin duda servían en la guerra, tendría para el emperador consecuencias desastrosas.¹⁶

Oñate contaba desde el principio con que para llevar la guerra con éxito el emperador necesitaría una ayuda mayor. Ya en su primera misiva sobre los acontecimientos en Bohemia proponía el envío de tropas de Italia y Flandes y en ese sentido había escrito asimismo al archiduque Alberto. El 26 de junio recomendó de nuevo el envío de un cuerpo (campo volante) de ejército de Nápoles o Flandes. “Todos los buenos acuden a mí” –alegó– “juzgándose por perdidos si Vuestra Majestad no pone su poderosa mano en este negocio.”¹⁷ En Madrid sin embargo no tenían de momento ganas de continuar con la cuestión de la ayuda tan lejos y el archiduque Alberto, cuya opinión tenía en la corte madrileña un peso considerable, juzgó que aunque sería de gran ayuda enviar a Bohemia algún ejército, formarlo en Italia y en Flandes precisaría tiempo y no podría llegar a las tierras de Bohemia en verano. Por eso recomendó enviar inmediatamente a Oñate una fuerte suma, para que hiciese formar un ejército allí mismo, donde sería más rápido.¹⁸ Unas semanas más tarde apeló a Felipe III para que no retrasase su ayuda, pues no admitía dilación.¹⁹ También urgía que se mandase una ayuda cuantiosa el rey Fernando y el emperador, tanto en cartas personales a Felipe III como por mediación del embajador imperial Khevenhüller. Este se dirigió por primera vez a Felipe por estos asuntos el día 4 de julio. En primer lugar le detalló los pecados de los utraquistas checos: formar un

¹² Idem, Viena, 26-VI-1618. BNM, Ms. 18.435, f. 139-142. Dice que lo ha hecho para animar al emperador, haciendo algo de lo mucho que piden y se necesita.

¹³ Idem, Viena, 7-VII-1618. BNM, Ms. 18.435, f. 145.

¹⁴ Idem, Viena, 4-IX-1519. BNM, Ms. 18.435, f. 164-165.

¹⁵ AGS, Estado, leg. 711, f. 210.

¹⁶ Consulta 14-VII-1618, Estado, leg. 711, ff. 205-209.

¹⁷ Oñate a Felipe III, Viena, 26-VI-1618. BNM, Ms. 18.435, f. 142.

¹⁸ Alberto a Felipe III, Marimont, 10-VII-1618. El archiduque era sin embargo de la opinión de que en Milán tendrían que estar preparadas tropas con experiencia para ser enviadas en primavera, si fuese necesario. AGS, Estado, leg. 2503, f. 138.

¹⁹ Idem, Gante, 13-VIII-1618. AGS, Estado, leg. 2503.

ejército, expulsar a los sacerdotes, apoderarse del castillo, proclamar nuevas leyes, predicar insultos desde el púlpito, agitar a la gente contra el emperador, enviar comisarios a los príncipes alemanes y a los países vecinos para que se uniesen a ellos y pudiesen así acabar con los católicos. Estaban creando una república en el reino, para retirarle el derecho de sucesión al rey Fernando y a toda la casa de Austria. Y dado que la solución dependía de la rapidez, continuó el embajador, el emperador formaba un ejército y hacía preparativos de guerra. A él le había encomendado que se esforzase en conseguir el apoyo del rey español, concretamente el envío de las tropas que se mantenían en Friuli, y si la situación empeorase, tropas y dinero de Milán. Otra demanda era de 300.000 florines, que el rey había prometido a Matías muchos años atrás.²⁰ Se trataba de un dinero ofrecido por Felipe III al emperador tras su elección, pero aún no pagado. En agosto Khevenhüller entregó al rey de España otro memorándum. Le avisaba en él de que los rebeldes checos perseveraban en sus malas intenciones, realizando mayores preparativos para la guerra, y que el mismo peligro amenazaba en las demás provincias si no se procedía a aplicar una solución rápida. Puesto que se trataba de un asunto concerniente a toda la casa de Austria, el emperador solicitaba de nuevo la ayuda de Felipe III, en concreto con 5.000 infantes y 1.000 jinetes, que el rey de España mantendría durante el tiempo que durase la guerra. El memorándum contenía también la petición de que el rey diese órdenes a sus ministros en Italia de apoyar, si fuese necesario, al emperador enviando 14.000 infantes desde Milán (a través del cantón suizo de los Grisones) y de Nápoles (por el Mar Adriático), que el emperador utilizaría donde considerase conveniente, y el rey de España pagaría durante toda la guerra, o al menos seis meses.²¹ Este memorial fue el comienzo de una serie de intervenciones similares de Khevenhüller, llevadas a cabo hasta el año 1620. Cuando se trató (el día 25 de agosto) sobre el memorándum presentado en aquel mes por Khevenhüller llevó la voz cantante Zúñiga. El Consejo acordó al final que era muy necesario colaborar prestamente a la solución de los asuntos de Bohemia, pues de otro modo se corría peligro de que el imperio no permaneciese en manos de la casa de Austria. Un paso inmediato para ello fue la repetida recomendación de que se mandasen a Oñate lo más pronto posible 200.000 ducados que se habían consultado. Según Zúñiga la ayuda al emperador debía tener prioridad sobre todas las demás cosas del momento.²²

Oñate enviaba a Madrid incluso varias veces al mes cartas sobre los asuntos de Bohemia y otras cuestiones, especialmente sobre su empeño en renovar la liga católica. El Consejo de Estado se reunía, como era común, para tratar sobre el contenido de estas noticias, a veces de una carta, a veces de varias a la vez. Sin embargo, él no sabía nada ni sobre las instrucciones que de ahí salían para él, ni sobre el dinero que debía recibir. El 4 de septiembre se quejó de que no tenía aún

²⁰ AGS, Estado, leg. 711, f. 222.

²¹ Consulta del 25-VIII-1618 tocante al memorándum de Khevenhüller. AGS, Estado, leg. 711, ff. 224-225.

²² *Ibidem*.

respuesta a la carta que había enviado el 6 de junio.²³ No recibió las primeras noticias en respuesta a su correo de esa fecha hasta el último tercio de septiembre. El 24 de septiembre comunicó que junto con la carta del rey del primero de agosto había recibido letras de cambio por valor de 100.000 escudos.²⁴ Confirmaba también que había recibido la orden del rey de esforzarse por lograr la investidura de Finale, feudo del emperador en Italia, de la cual había negociado ya su antecesor. Igual que éste, podía ofrecer por la investidura 150.000 escudos. Oñate aprovechó esta ocasión para ofrecer un incremento de la ayuda española con más infantes, hasta un importe de 15.000 o 20.000 florines al mes, si el emperador concedía la investidura gratuitamente.²⁵ Tras lograr esto, “se atrevió” a aumentar la ayuda en 1.000 o hasta 1.500 hombres, con un gasto mensual de 14.000 o 15.000 escudos, y a ofrecer el primer pago, por importe de 20.000 escudos para dos mil hombres bajo el mando del coronel Otto Fugger, al que el emperador había tomado a su servicio. Justificó su atrevimiento por el ahorro de dinero en la investidura y por ahorrarse el pago de la caballería de Marradas.²⁶

Antes de que estas noticias hubiesen llegado a la corte madrileña trataron allí también, el 16 de noviembre, sobre el contenido de las cartas de Oñate del 24 y el 30 de septiembre. El Consejo de Estado estimó que si fuese necesario darle al emperador algo más que hasta entonces, lo mejor sería aumentar el regimiento de Créange a 3.000 hombres. Pero constataba a la vez que “el estado que tiene la guerra de Bohemia no parece nada próspero para la parte imperial y los calvinistas, según lo que el conde escribía, muestran más prontitud a ayudar a los bohemios que los príncipes eclesiásticos y católicos al emperador, por lo que si se pudiese hacer la paz con medianas condiciones, sería lo más acertado”.²⁷ Y eso que aún no sabían en Madrid que Mansfeld asediaba Pilsen y que los silesios se habían pronunciado en favor de los checos. Esto fue comunicado por Oñate el 21 de octubre. Escribía también sobre la junta de protestantes de Rothemburg, que al parecer trataban sobre la recepción de los herejes de Bohemia en su unión y sobre el modo de llevar adelante la ya iniciada guerra.²⁸ El Consejo de Estado del 27 de noviembre, “viendo el mal estado de esas cosas”, consideraba oportuno que el rey se esforzase hasta lo imposible por ayudar generosamente al emperador y al rey de Bohemia. Advertía nuevamente que “si lo de Alemania se perdiese” las consecuencias serían desastrosas para el gobierno español en Italia y en Flandes, que eran “las dos columnas en las que estriba esta monarquía”. Aconsejaba autorizar a Oñate la anunciada leva de soldados y urgirle al Papa (en vistas a lo que escribía el embajador) a que considerase la ayuda al emperador cosa de su propio interés y actuase en este sentido con afán y rapidez extraordinarios.²⁹

²³ Oñate a Felipe III, Viena, 4-IX-1618. BNM, Ms. 18.435, ff. 163-164.

²⁴ Idem, Viena, 24-IX-1618. BNM, Ms. 18.435, ff. 165-166.

²⁵ Idem, Viena, 24-IX-1618. BNM, Ms. 18.435, ff. 166-167.

²⁶ Idem, Viena, 21-X-1618. AGS, Ms. 18.435, ff. 178-179.

²⁷ Consulta del 16-XI-1618. AGS, Estado, leg. 711, f. 92.

²⁸ Oñate a Felipe III, Viena, 21-X-1618. BNM, Ms. 18.435, ff. 177, 179.

²⁹ Consulta del 27-XI-1618. AGS, Estado, leg. 711, f. 83.

Hasta fines de noviembre le llegaron a Oñate las letras de cambio a los 200.000 escudos prometidos. Eran a pagarse en cuatro meses, hasta marzo del siguiente año.³⁰ De su llegada se alegró también el archiduque Alberto, que le dio las gracias a Felipe y le pidió que siguiese ayudando al emperador en el futuro.³¹ Oñate quería utilizar el dinero para mantener el ejército, para pagar las pensiones de un año y para devolver lo prestado por Alejandro Ferrari en la guerra de Friuli. Los 80.000 escudos que había tomado prestados Zúñiga tendrían que esperar todavía para ser devueltos. Oñate había conseguido de momento, aunque solamente a raíz de otro préstamo, rebajar en algo la deuda por los intereses de estas sumas.³² En otra carta, del 28 de noviembre, Oñate escribía que los bohemios disponían de mayores fuerzas que el emperador, tenían el apoyo de los calvinistas, y por lo tanto no podía esperarse que entrasen en razón, hasta que las cosas del emperador y de los católicos no estuviesen en mejor estado.³³ El Consejo de Estado no se ocupó de las cartas de Oñate hasta enero, pero ya el día 13 de diciembre había acordado que para la primavera de 1619 o incluso antes sería preciso armar otro regimiento de infantería, además del de Créange que el rey pagaba ahora, con lo que el número de infantes pagados por España ascendería a 6.000, y aparte un regimiento de caballería de 600 hombres. Para mantenerlos habrían de bastar 50.000 ducados al mes. Sin esta ayuda, opinaba el Consejo, sería probable, teniendo en cuenta la debilidad del emperador, su completa ruina y con ella la de toda la casa de Austria en Alemania.³⁴ El archiduque Alberto vino con un plan mucho mayor el 24 de diciembre, respondiendo a una carta de Felipe III del 18 de noviembre, en la que el monarca le informaba de su disposición a seguir apoyando al emperador, si la situación de Bohemia no se arreglaba durante el invierno, y quería conocer a cuanto calculaba que ascendía la ayuda necesaria para la primavera siguiente. El archiduque llegaba a la conclusión de que las cosas iban de mal en peor. La solución a este estado de cosas podría ser el envío de una gran suma a Oñate, para que con ella reuniese el mayor número posible de soldados en Alemania y en los Países Bajos. El archiduque, en todo caso, no tenía muchas esperanzas de que por este camino se consiguiese el resultado deseado. Lo mejor sería que el propio rey se hiciese cargo de la ayuda, enviando a su ejército –30.000 infantes y 5.000 jinetes– compuesto de los soldados que tenía en Milán, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, completados, si fuese necesario, por levadas en Italia, en los Países Bajos y en Borgoña. Calculaba unos gastos extraordinarios que ascenderían a 170.000 al mes.³⁵

³⁰ Oñate a Juan de Ciriza, 28-XI-1618 y a Felipe III el mismo día. AGS, Estado, leg. 2503. En cuanto al financiamiento de todo el transcurso de la guerra de Bohemia ver Thomas WINKELBAUER, "Nervus Belli Bohemici. Die finanziellen Hintergründe des Scheiterns des Ständeaufstands der Jahre 1618 bis 1620", *Folia Historica Bohemica* 18, 1997, pp. 173-223.

³¹ Alberto a Felipe III, Terburen, 19-XI-1618, en respuesta a la carta de Felipe del 6 de octubre, en la que le anunciaba el envío de dinero. AGS, Estado, leg. 711, f. 175.

³² Oñate a Felipe III, Viena, 28-XI-1618. BNM, Ms. 18.435, f. 185.

³³ Idem, Viena, 28-XI-1618. BNM, Ms. 18.435, f. 190.

³⁴ Consulta del 13-XII-1618. AGS, Estado, leg. 2327, f. 44.

³⁵ Alberto a Felipe III, Bruselas 14-XII-1618. AGN, Estado, leg. 2306, ff. 50 y 51.

El problema de Argel en la segunda mitad del año 1618

Como no se viese el final de la guerra de Bohemia así como su desarrollo hasta aquel momento de ningún modo alentador para los ejércitos del emperador, junto con la pregunta sobre cómo continuaría al año siguiente, todo ello tenía una influencia creciente en los miembros del Consejo de Estado y en el propio rey. Este influjo alcanzó también las consultas que se ocupaban de la planeada expedición contra Argel, que se mantenía en el primer plano de los intereses de la corona española y a más tardar a partir de agosto de 1618 fue también objeto de diversos memoriales destinados al monarca. O bien querían convencer al rey sobre la conveniencia de una campaña y las buenas perspectivas de éxito, o disuadirle de ello. De los que se han conservado son conocidos cuatro, tres escritos a mano y sin datar, el cuarto impreso en el año 1619. Dos son anónimos.

De los no datados, en uno de los casos es claro que debió ser presentado antes del 14 de agosto de 1618; fue, hasta donde se sabe, el único que llegó a ser objeto de atención al más alto nivel. El 14 de agosto se ocupó de él el Consejo de Estado. El autor de este memorial expone en primer lugar por qué era conveniente la campaña. Con la conquista de Argel terminaría el asedio de los piratas a España, mejoraría el comercio, se pacificaría el reino, aumentaría su disposición a pagar nuevos impuestos, etc. Otro motivo era el peligro proveniente de la posibilidad de que ingleses y holandeses se aliasen con los argelinos. Se acercaba el término de la tregua con Holanda y era por ello necesario que los holandeses supiesen que no tenían en las cercanías de España un punto de apoyo desde el que podrían causarle daño. Finalmente, dada la situación presente en Bohemia, el rey no tendría otra forma de disculpar que no colaborase allí con todas sus fuerzas que hacer notar que estaba aniquilando a un enemigo que tenía tan cerca. Si el rey no llevaba a cabo la campaña contra Argel, tendría que gastar sus recursos fuera de España y sin provecho para España, y si las cosas en Bohemia se arreglasen, era de temer que esos herejes buscarían otra ocasión para luchar, de modo que perjudicarían a España. Tras estos argumentos en favor del ataque, el autor del memorial se ocupó de las objeciones que se elevaban contra la expedición, esforzándose por rebatirlas. Se trataba sobre todo de la objeción de que para defenderse de los piratas no era necesario conquistar Argel, sino que bastaba aumentar el poderío marítimo español. No era posible estar de acuerdo con esto, pues aunque en ese año se pusiese todo el empeño y se utilizase un millón de ducados, al año siguiente ya faltaría dinero para mantener estas fuerzas extraordinarias y España seguiría teniendo enfrente al mismo enemigo. Ante otra objeción contra la empresa, la insuficiencia del millón concedido y la necesidad de, al menos, otros 400.000 ducados, responde que parte de la cantidad que faltaba podría obtenerse de las cortes catalanas, y que en todo caso sería una lástima no llevar a cabo una empresa de la que dependía tanto por 400.000 ducados.³⁶

³⁶ AGS, Estado, leg. 1951, f. 57. Otros memoriales, el anónimo contra la campaña, y memoriales que procuran convencer al rey de su provecho y viabilidad, cuya autoría se debe a Cocentayna, marqués de Almenara y a Miguel Martínez de Villar, cfr. BNM, Ms. 12.959-3, Ms. 2350 y R-11.834. El memorial impreso de Martínez de Villar del año 1619 menciona también la guerra en Bohemia, que

Durante la discusión del Consejo de Estado sobre el memorial, que el cardenal de Toledo remitió a los mejor informados. Messía resumió lo que ya se había realizado en lo tocante a la empresa y recomendó continuar los preparativos. Por su parte el marqués de la Laguna estuvo de acuerdo con Messía y el confesor a su vez hizo notar que la expedición contra Argel había sido ya antes considerada factible, con la perspectiva de un éxito seguro. Por eso el rey podría ordenarla. Y porque poner en duda las cosas todos los días podría ser un obstáculo a su éxito, no debería tras su nueva decisión permitir a este respecto ulteriores discusiones, si no fuese por serias y urgentes causas no previstas. De acuerdo con el autor del memorial recomendó aumentar la cantidad de un millón de ducados reservada para la expedición en los aconsejados 400.000 e incluso 500.000 más. Baltasar Zúñiga fue el único que tomó postura sobre lo que se decía en el memorial acerca de la guerra en las tierras de Bohemia. Dijo que las razones para que se hiciese la jornada de Argel durante ese próximo año eran de mucho peso, pero no podía estar de acuerdo en que eso sirviese de disculpa para no socorrer “lo de Bohemia”, pues la jornada de Argel la tenía por muy conveniente, mas el socorrer en grueso a Bohemia era del todo necesario, por lo que, de no poderse hacer ambas cosas a la par, tenía por más forzoso e importante lo de Bohemia, para apagar aquel fuego tan encendido y rebelión tan formada que miraba a la pronta destrucción de la casa de Austria y quitarle el imperio y tras esto los estados de Flandes y de Italia. Esta era su opinión en caso de que durase lo de Bohemia y no se pudiesen hacer ambos gastos a la par. El rey, al manifestarse en sobre la consulta, hizo hincapié en que la expedición se llevase a cabo y dio órdenes de que Messía y el secretario Antonio de Arostegui fuesen disponiendo todo cuanto fuese preciso, para que todo estuviese a punto en el tiempo que estaba señalado (en la primavera del año siguiente). A la vez encomendaba al Consejo que permaneciendo atentos a la situación “en Alemania” (o sea, en Bohemia) considerase particularmente qué habría de hacerse caso de que aquello pasase adelante, pues también era necesario irlo previniendo y saber qué habría que hacer para que lo uno no pudiese estorbar lo otro.³⁷

De momento no se tomaba en consideración que el dinero destinado a la expedición secreta pudiese ser utilizado para otra cosa. Y el presidente del Consejo de Hacienda se quejaba continuamente de la falta de medios. El presupuesto para el año 1619 tenía un aspecto terrible: los gastos ordinarios e imprescindibles se calcularon en 4.200.000 ducados, a disposición había 400.000, o sea que el déficit ascendía a 3.800.000 ducados.³⁸ En estas circunstancias son más bien sorprendentes los 3.000.000 escudos que el embajador español en Viena recibió antes de terminar 1618.

En algún momento entre el 14 y el 31 de agosto, el Consejo de Estado tomó en consideración el mencionado presupuesto y una relación, según la cual ya se habían entregado del millón reservado 126.000 ducados para pólvora, cuerda y otras cosas

según el autor no debía ser obstáculo para la empresa argelina, pues no se trata ahí del patrimonio del rey español. Y si Carlos V antepuso a la conquista de Argel la defensa del imperio, para el bien de España y de toda la cristiandad, como le correspondía, no podía ahora el rey aplazarlo a causa de los bohemios y del imperio, que no le atañían tanto como la defensa de España.

³⁷ Consulta del 14-VIII-1618. AGS, Estado, leg. 1951, f. 53.

³⁸ AGS, Estado, leg. 1951, f. 58 bis.

para la artillería, al igual que para comprar bizcocho y cebada en Génova. Otros gastos imprescindibles e inmediatos para alimentos y utensilios militares se estimaban en 600.000 ducados, sin contar los gastos todavía no calculados para la leva de los valones y los navíos para su traslado de Flandes. En la misma reunión el duque de Lerma propuso al Consejo que en la presencia del rey se tratasen algunos puntos relativos a la jornada secreta. Dijo que después de haber sido ésta decidida y destinado a ella el millón de vellón que se estaba labrando, se elevaban voces de fuera que decían que hubiera sido mejor utilizar dicho millón en crecer las fuerzas de la mar aumentando el número de navíos, de modo que una escuadra vigilase el estrecho mientras la otra defendía las costas españolas, liquidando a los piratas. Que el Consejo considerase que era lo más a propósito, teniendo en cuenta que no había suficiente dinero para aumentar las fuerzas marítimas y él no sabía de dónde podría sacarse tras gastar el millón de vellón, con el cual se podría llevar a cabo el principio pero luego España se quedaría sin armada, sin Argel y con el inconveniente de los corsarios, que volverían inmediatamente en cuanto no hubiese fuerzas que les diesen miedo. Lerma se ocupó después de otra cuestión, sobre la que había también pareceres diferentes y que exponía asimismo a consideración, a saber, si tras conquistarlo debía Argel ser mantenido o destruido. Había escuchado de personas con experiencia que, ya que los turcos mantenían allí una fuerte guarnición mediante impuestos (“con garramas sin otra provisión”), podría hacerse lo mismo, evitando las insolencias que al recaudar los tributos cometían los turcos. Y los moros, viendo el buen trato, preferirían el gobierno de los cristianos. Asimismo había que tener en cuenta que con el próximo fin de la tregua en los Países Bajos habría que reanudar la guerra con los holandeses, por alejarle el trato de las Indias, del cual obtenían tanto beneficio. Si no se llegase a conquistar Argel y los holandeses se aliasen con los piratas berberiscos, sería necesaria mucha fuerza para hacerles frente y para proteger las costas de España y de las Indias, hacia donde se iban encaminando también los ingleses. El Consejo debía también sopesar que si lo de Argel no se emprendiese este año y se tomara, cosa que muchos, a los que Lerma había escuchado, consideraban factible, sería cada vez más difícil, a consecuencia de la ayuda que era necesaria hacerle a Alemania, donde en otro caso prevalecerían los herejes y correría manifiesto peligro de salir el imperio de la casa de Austria, y de lo que era preciso enviar a Lombardia, donde el anterior gobernador había desoído las órdenes de reformar el ejército. Según Lerma habría que tomar también en cuenta el aumento de gastos extraordinarios, que desde octubre del año anterior habían superado los 3.000.000 ducados demás de lo ordinario y crecían día tras día. Debido a ello y a la alianza de todos los enemigos la empresa argelina sería cada vez más difícil. Por eso sería bueno quitar aquella ladronera y no concederle tiempo a los turcos para que, una vez se viesen libres de su guerra con los persas, enviasen de nuevo sus fuerzas al Mar Mediterráneo. Finalmente Lerma presentó al Consejo su propuesta de medidas de ahorro para sanear las finanzas del Estado.³⁹ Era un problema que le tenía muy ocupado.⁴⁰

³⁹ AGS, Estado, leg.1951, f. 55.

⁴⁰ Más detalladamente sobre ello cfr. Bernardo José GARCÍA GARCÍA, *La Pax Hispanica. Política exterior del Duque de Lerma*, Leuven University Press 1996, pp. 183-260.

El Consejo discutió sobre estos asuntos el 31 de agosto en presencia del rey, que les encomendó la tarea de comunicarle qué era según ellos prioritario, si la expedición contra Argel o aumentar las fuerzas navales. Este Consejo fue muy importante, pues el rey tras oír todas las opiniones tomó una decisión que fue durante algún tiempo considerada definitiva. En primer lugar habló Lerma. Se refirió a las empresas de Carlos V y Felipe II y al anhelo de Felipe III por hacer grandes cosas, como mostraban el envío del príncipe Doria y de Juan de Cardona contra Argel y la expulsión de los moriscos, que también conllevaba riesgos y ya había sido pensada, aunque no se llevase a cabo, en el pasado. Cada gran empresa –argumentaba Lerma– tiene sus riesgos, y el obstáculo para la de Argel, además de los embarazos de Italia y Alemania, era la falta de dinero. En lo referente a la pregunta del rey sobre qué era lo prioritario, si la jornada o reforzar lo de la mar, estaba a favor de aumentar la armada, si había para ella la correspondiente asignación fija. Pero no habiéndola, el millón reservado se agotaría como máximo en año y medio, las fuerzas marítimas se verían después debilitadas de nuevo y los corsarios volverían a imponerse. Lerma repitió su opinión anterior y recomendó continuar con los preparativos de la campaña contra Argel, de cuya conquista se obtendría, a diferencia del refuerzo temporal de la fuerza de la mar, un beneficio duradero. Igual que el autor del memorial sobre el que se había tratado el 14 de agosto, propuso que se aumentase el dinero destinado a la empresa en 400.000 ducados. Consideraba asimismo importante que Felipe III fuese al reino de Aragón, por una parte para interesarse por los preparativos de la expedición, por otra para que sus cortes prestasen juramento al heredero del trono. Volvió también a sus propuestas de ahorro, entre las que se contaba la reducción del número de compañías en Milán, que además de ser una carga para la tesorería provocaban la desconfianza de los venecianos y de otros vecinos. Tras Lerma tomaron la palabra el cardenal de Toledo, el duque del Infantado, Messía, el confesor y Baltasar de Zúñiga. La intervención más larga fue la del duque del Infantado. Su opinión era contraria a la expedición contra Argel. Recordó que el Consejo había recomendado su ejecución ya en diciembre de 1617, cuando los piratas habían infligido el mayor daño a las costas españolas, llegando hasta Galicia; en el momento presente sin embargo veía tan sólo obstáculos. Aunque sin mencionar su fuente de información, afirmó que llevar a cabo la empresa secreta requeriría cuatro o cinco millones de ducados. No había sin embargo más que el millón que se labraba. Para las necesidades citadas en la relación que se había leído en el Consejo habría que gastar luego 726.000 ducados y con el resto difícilmente se podría conseguir lo restante. Y dado que para el año venidero faltaban tres millones ochocientos mil ducados, el duque no sabía cómo se podría continuar lo comenzado. Consideraba también un obstáculo que la expedición tuviese que ser realizada en julio y agosto, pues en septiembre comenzaban a ser adversas las condiciones climáticas. Y el duque dudaba que todo pudiese estar dispuesto a tiempo. Le intranquilizaba la situación de Italia, que no consideraba suficientemente tranquila, por lo cual era peligroso sacar de allí a las tropas españolas. A ello se añadían los acontecimientos en Bohemia. “Las cosas de Bohemia están revueltas como se sabe y la religión católica en el mayor peligro que se ha visto porque si por nuestros pecados saliesen los bohemios con lo que

pretenden de poner un rey hereje en aquel reino, con su voto y los tres de los electores herejes elegirían un emperador hereje, con lo que de todo punto se perdería la religión católica en Alemania, cosa que es de muy gran consideración, ya que no se puede volver las espaldas por ninguna que sea tan incierta y dudosa”. Sería cosa muy considerable, continuó el duque dirigiéndose a Felipe III, “que en tiempos de Vuestra Majestad y siendo el que principalmente defiende las cosas de Austria y el mayor príncipe de ella saliese el imperio a príncipe extraño y hereje, cosa que con dificultad se restauraría y por lo menos costara menos hacienda y trabajo el procurar ahora que no suceda este desmán que después de sucedido remediarlo”. Por eso se debería en primer lugar atender “con todo lo que se pudiese” a “lo de Alemania” (es decir, a solucionar la situación en Bohemia), “pues de asegurar aquello pende la seguridad de Italia y de Flandes que son dos pilares principales en que estriba esta monarquía y servirá de poco haber ganado a Argel si aquello se perdiese”. El Duque estaba a favor de aumentar las fuerzas marítimas. Recomendó aumentar el dinero destinado a la armada en 200.000 ducados y llamar de Nápoles ocho o diez galeones de los mejores y correspondientemente bien armados, con la orden de navegar a lo largo de la costa africana entre Argel y Túnez. Acercándose el final del armisticio con Holanda, el mejor medio contra lo que cabía temer en estas circunstancias sería el poderío naval del rey. Conquistar Argel no ayudaría en modo alguno a defender las Indias y mantenerlo provocaría nuevos gastos, igual que había sucedido con Larache y la Mámora,⁴¹ cuya conquista no había impedido el crecimiento de la piratería. No bastaría pues con ocupar Argel, si el rey no tuviese una armada suficiente para perseguir a los piratas. A diferencia de Lerma desaconsejaba al rey, a raíz de sus muchos años de experiencia con los aragoneses, el viaje al reino de Aragón. Trataba de convencerlo de que los aragoneses procurarían aprovechar su presencia solamente en provecho propio, para volver a la situación en la que se encontraban antes de la intervención militar de Felipe II.

Messía, que estaba personalmente comprometido en los preparativos de la empresa secreta, comenzó recordando que el rey tenía ante sí dos situaciones de las que se tenía que ocupar necesariamente, esto es, Argel y Bohemia. Dado que no había para ambas más que 1.000.000 de ducados, era necesario decidir cuál era la prioritaria. La importancia del proyecto argelino era conocida y por lo que se refería a Bohemia, sería, como era evidente, un gran perjuicio, que el imperio saliese del poder de la casa de Austria y cayese en manos de herejes. En el caso de que el rey quisiese utilizar ese millón para ayudar al emperador y a Bohemia y abandonar la expedición a Argel, habría que tener en cuenta lo que ya se había gastado del millón y lo que era preciso emplear para gastos militares propios (asegurar las fronteras, etc.) y si lo que quedase bastaría para la ayuda que solicitaba Bohemia, es decir,

⁴¹ Los puertos de Larache y La Mámora fueron durante el reinado de Felipe III las únicas conquistas territoriales de España en el Norte de África. Larache fue ocupado en 1610, cuando un tratado con un jeque derrocado que buscó ayuda en Madrid precedió a una expedición militar. La Mámora (actual ciudad de Mehdía) fue conquistada el 1614 por una expedición comandada por Luis Fajardo. Los adversarios de la campaña argelina señalaban que en estos casos los piratas se limitaron a cambiar su lugar de residencia.

14.000 infantes y 2.000 caballos. Era claro que no bastaba. Con los restos del millón, si el rey quisiera darlo, no bastaría para terminar la guerra en Bohemia, el rey se quedaría sin el dinero invertido, con la misma obligación de acudir a lo de Bohemia, y Argel permanecería en la situación en la que ya estaba. Messía opinaba por ello que los preparativos para la expedición debían continuar, pues había dinero para ellos, y si fuesen necesarios 200.000 o 300.000 ducados más, el reino, viendo al monarca empeñado en ella, cumpliría su obligación y los daría. Concluyó diciendo que si todo estuviese preparado como el rey ordenaba y a su debido tiempo, se podía con toda probabilidad tener éxito. Luego pasó a la cuestión sobre si debía Argel tras su conquista ser conservado o arrasado. Recomendó destruirlo, pues estaba convencido de que, aparte la dificultad de fortificarlo, no entraba dentro de las posibilidades de los españoles recaudar de la población local del interior impuestos con los que poder mantenerlo.

Tras Messía tomo la palabra el confesor. Refiriéndose a las perspectivas de la expedición contra Argel, concluyó que eran buenas, si se realizaba en julio y agosto. No dudaba que en mayo estaría ya en el mar todo lo necesario, si supervisasen los preparativos en Italia el marqués de Santa Cruz y en España Messía. El dinero no había de faltar, si se añadían a lo que quedaba del millón otros cuatrocientos mil ducados, o sea que la campaña era conveniente y su éxito se tenía por fácil o al menos poco dificultoso. De entre las alternativas que el rey había puesto a la consideración de Consejo, es decir, si había que abandonar la empresa argelina y en su lugar multiplicar los esfuerzos para defender las costas españolas, Aliaga se expresó inequívocamente a favor de conquistar Argel, para privar a los piratas de su guarida. Aunque tras ser desalojados de Argel fuesen a otra parte, a Bizerta, Túnez, La Goleta y Susa, se habrían alejado casi del corazón de su monarquía y durante mucho tiempo sus fuerzas no serían comparables con las actuales. Coincidiendo con Lerma y a diferencia del duque del Infantado, el confesor se manifestó a favor del viaje real a Aragón, por el juramento al sucesor del trono y para que estuviese cerca de las noticias referentes a la empresa de Argel y pudiese desde allí organizar lo que desde mayor distancia sería más complicado. Aparte de las consideraciones sobre la necesidad y posibilidad de conquistar Argel, Aliaga reflexionó sobre la ayuda española a Bohemia. Sería bueno aumentarla, pero siendo las necesidades de la propia casa tan grandes, era necesario ocuparse primero de lo más cercano y solamente luego, si fuese posible, de lo más lejano. El rey español ayudaba en Bohemia con un ejército de Friuli y con los caballos que sustentaba, “y con hacer alguna manera de rostro y tratar de composición se puede entretener aquello”. Para negociar la composición se podría utilizar al duque de Sajonia y la oferta del rey de Inglaterra. Durante el invierno se vería hasta donde llegaban esas ayudas. Baltasar de Zúñiga consideró, como siempre, la campaña contra Argel muy importante, pero a la vez muy difícil y arriesgada. La situación en Italia seguía siendo según él insegura, pero el obstáculo principal –dijo Zúñiga– era el fuego en Alemania como consecuencia de la rebelión del reino de Bohemia, que, como ya había expresado al Rey, era el corazón de los estados de la casa de Austria y por tener conjunto el voto electoral representaba un peldaño hacia la dignidad imperial. Ésta es cierto que podría parecer que, unida

a una persona de la casa de Austria y de poca fuerza, no tenía gran importancia, pero perteneciendo a la parte y religión opuestas y con el apoyo de los enemigos de España, se convertiría en una amenaza para la monarquía. Partiendo de estas consideraciones Zúñiga tenía por necesario que el rey ordenase incrementar la ayuda española hasta seis mil u ocho mil hombres, incluyendo el regimiento de Créange, y esto incluso si hubiese que tomar para lo de Milán y Alemania del dinero destinado a la expedición contra Argel. Con los piratas argelinos proponía actuar tal como lo había hecho el almirante Vidazábal, que les había atacado con éxito poco antes, y aumentar la armada para acabar con ellos.

Vemos pues que en lo tocante al peligro de la rebelión de los estados de Bohemia y la necesidad de ayuda española, Zúñiga mantenía en esencia la misma posición desde el momento en que llegaron a Madrid las primeras noticias sobre los acontecimientos en Bohemia. Novedosa es aquí la cuantía de la ayuda militar solicitada para apoyar al emperador y, sobre todo, en relación con la campaña argelina, la propuesta de que para esta ayuda se diese parte del dinero destinado a la expedición contra Argel.

Felipe III, teniendo en cuenta esta consulta y las anteriores, siguió considerando prioritaria la empresa de Argel, “pues desde su principio se tuvo por muy conveniente hacerla y se ha ido mirando en el tiempo y forma de hacerla, pareciendo que para fin de mayo o principio de junio del año que viene se podrá disponer todo (...)” Recordó que en la primera consulta del Consejo, el 28 de diciembre de 1617, se tuvo por muy conveniente no alzar la mano de esa empresa, tras lo cual se asignó el monto de dinero que pareció bastante para ella y se tomó más tiempo para las prevenciones. El rey no veía novedad alguna que obligase a cambiar la decisión, sino que deseaba que la empresa se ejecutase en el tiempo y la forma acordados. Dio orden al presidente de Hacienda de que buscase el modo de sumar otros 400.000 ducados a lo presupuestado para la expedición. “Y pues se trata de convertirlo todo tan en servicio de Dios y bien universal de cristiandad” –añadía el monarca– “es de creer que ha de ayudar, y con esta confianza podemos entrar en la materia con seguridad de buen suceso, y para todo será bien que yo me halle cerca de la marina con ocasión de tener cortes en los reinos de la corona de Aragón y jurar al príncipe, cosa que aun sin esta ocasión es tiempo que se haga (...)”⁴²

Para reforzar al aparato encargado de conseguir lo necesario para la expedición fue nombrado en agosto de 1618 un proveedor general. Recibió el cargo el miembro del Consejo de Hacienda Juan de Gamboa, al que fueron después subordinados los proveedores de los diferentes lugares o ciudades. Algo más tarde, al parecer en octubre, nombró el Rey al pagador general, Antonio de Portillo y Vivero, a través de quien fueron pagadas las facturas presentadas por el proveedor general, con los fondos liberados por el presidente del Consejo de Hacienda. La colaboración entre estos funcionarios a veces se estancaba en la poca disposición del presidente del Consejo de Hacienda, el conde de Salazar, a entregar el dinero, aun teniendo del monarca la orden de hacerlo. Por ejemplo el 2 de diciembre de 1618 el secretario

⁴² Consulta del 31-VIII-1618. AGS, Estado, leg. 1951, f. 59.

A. de Aroztegui escribía que el presidente del Consejo de Hacienda había entregado –aunque de mala gana– letras de cambio por 14.000 escudos a pagar en Milán (que habían de servir para pagar la fabricación de seis mil quintales de cuerda), pero no quería dar al pagador los 200.000 ducados solicitados. Gamboa se quejó de que de este modo su labor era bloqueada.⁴³

Probablemente de septiembre de 1618 proviene otra lista de lo que era preciso acumular para la expedición secreta. Se trata seguramente de la última visión de conjunto completa, que se diferencia de la anterior sólo en algunos detalles. Seguía contándose con el envío de 33.000 soldados (10.500 españoles, 1.500 portugueses, 4.000 valones, 7.000 napolitanos, 4.000 lombardos, 3.000 alemanes y 3.000 del estado pontificio), 300 hombres de caballería, de los cuales 200 serían arcabuceros de Lombardía, valones o italianos, y otros 100 jinetes – cincuenta de las costas de Granada y cincuenta de Orán, 83 galeras (la real y su galera de escolta, 11 galeras de la escuadra española, 4 portuguesas, 16 genovesas, 20 napolitanas, 7 sicilianas, 2 galeras de Cataluña, 5 papales, 6 del gran duque de Toscana, 5 de Malta y 12 de la república de Génova) y 93 naves de otro tipo. Entre ellas 20 “charrúas” de Flandes, en las que podrían embarcar los valones que de allí debían venir, 4 urcas grandes, que servían para el transporte de troncos, en las cuales podría embarcarse la caballería lombarda, 15 carabelas grandes portuguesas del Cabo de Aguer, que podrían navegar a Génova para cargar a todos los soldados que cupiesen en ellas. Para embarcar a los restantes se podrían alquilar navíos de la costa local. Para asegurar todo lo que se necesitase debía llegar a Génova el marqués de Santa Cruz, pues especialmente por lo que se refería a embarcar a los 200 caballos y sus jinetes era mejor alquilar las embarcaciones allí que en Flandes. Además se contaba con 40 cañones de diferentes calibres, con su tren, 6.000 quintales de pólvora, de los cuales 3.500 tenían que fabricarse en España y el resto traerse de Flandes, 8.000 quintales de cuerda, de los cuales 2.000 se iban haciendo en España y los otros 6.000 había que adquirirlos en Milán, y 8.000 quintales de plomo de Flandes. Todo esto sin contar la pólvora, la cuerda y el plomo que se había de conseguir en Nápoles, según la relación que había sido enviada allí. También esto debía revisarlo el marqués de Santa Cruz tras su llegada a Nápoles, además de dar aviso sobre lo que se debía reunir allí.

Era preciso por ejemplo adquirir para la expedición 89 quintales de bizcocho (28.000 de Nápoles, 18.000 de Sicilia, 20.000 de Cerdeña, 8.000 de Barcelona, 6.000 de Cartagena, 4.000 de Málaga, 2.000 de Puerto de Santa María y 3.000 de Génova). La lista habla de otras viandas: vino, atún, queso, vinagre, aceite, verduras y salami, a conseguir en Nápoles, en Sicilia (donde debían encargarse de ello los virreyes) y en España, donde de su adquisición se encargaba el proveedor general Juan de Gamboa. También dependía de él que España aportase 9.000 quintales de cebada para los caballos, mulas y otros animales de tiro. Otros 1.000 quintales de cebada los tenía que conseguir en Génova el embajador español Juan de Vivas, entre cuyas obligaciones se contaba también la compra de la mencionada cantidad

⁴³ AGS, Estado, leg. 1952.

de bizcocho. Produce una impresión paradójica que el marqués de Santa Cruz debiese comunicar a Osuna, quien ya hace mucho avisó que se hablaba sobre los preparativos de la expedición, cuál era el fin perseguido. Dado que como muy tarde a fines de mayo toda la flota debía estar en Mallorca, se le encargó al marqués de Santa Cruz que se pusiese de acuerdo con el duque de Osuna, sobre cuándo y a dónde debía enviar todo lo que se había ordenado adquirir en Nápoles. Lo mismo debía hacer en Sicilia, para que todo estuviese en Mallorca en el tiempo marcado. Debía advertir a ambos virreyes que proveyesen a la infantería con pólvora, balas y cuerda en cantidad mayor de la habitual, en vistas a la posible duración del asedio a Argel, y de la misma forma debían actuar con la artillería, las galeras y los barcos, porque la ciudad podía ser bombardeada desde el mar. Finalmente debía recordarles que tenían que aprovisionar todo lo que enviaban para cinco meses, el tiempo que se suponía que estarían empleadas las fuerzas marítimas y terrestres. Asimismo se le encomendó al marqués de Santa Cruz que visitase la isla de Elba y averiguase como estaba allí la situación en lo referente a la producción de balas de cañón, de las que había que comprar 30.000 de diferentes calibres.⁴⁴ A pesar de la opinión expresada varias veces en el Consejo de Estado, de que sería bueno acelerar el viaje del marqués de Santa Cruz a Italia, no se efectuó antes de octubre, como había ordenado el rey. Su viaje fue precedido por una consulta al Consejo de Estado, en la que se habló al parecer de algunas nuevas circunstancias adversas para la preparada campaña. Se deduce esto de una carta de Lerma del 15 de septiembre de 1618, en que por orden del rey pedía al confesor Aliaga que tomase postura acerca de esta consulta, en la que por lo visto no había estado.⁴⁵ El confesor constataba en su enunciado que el tema de la campaña contra Argel tenía dos lados. Uno de ellos era su conveniencia, y esto había sido tratado y decidido. El segundo consistía en la cuestión sobre si se conseguiría el fin pretendido, teniendo en cuenta las dificultades para el desembarco y la conquista de la ciudad. Parecía que este punto había quedado resuelto con las informaciones recibidas y por la facilidad que hallaban en esta cosa los que conocían ganar tierras. El éxito podía verse amenazado si no fuesen hechos a tiempo todos los preparativos imprescindibles por no recibirse el dinero. Pero el año anterior se había juzgado que bastaba un millón de ducados, y ahora se añadían 400.000, con lo que parecía imposible que faltase el dinero, considerando además lo que debían aportar los reinos de Italia.⁴⁶ Cuando Felipe III tomó conocimiento de la respuesta del confesor confirmó, como se desprende de una nota de Lerma en el margen, su decisión del 31 de agosto, aunque aquí no se hablase ya de esta fecha. Proclamó que, suponiendo que estuviese a disposición el millón cuatrocientos mil ducados que se tenían por seguros para la expedición, estaba decidido a que la campaña se llevase a cabo “y no se trate de otra cosa sino de ejecutar y prevenir todo lo que está acordado sin que se pierda hora de tiempo, tanto en Italia como en España, de manera que no fallen para fin de mayo del año

⁴⁴ Lo que está resuelto se junte para la jornada secreta. AGS, Estado, leg. 1952, f. 49.

⁴⁵ AGS, Estado, leg. 1950.

⁴⁶ *Ibidem*.

que viene, que en esto consiste el buen suceso de todo". El rey ordenó que Messía y el secretario A. de Aroztegui arreglasen todo lo que tenían a su cargo (supervisaban en España los preparativos de la expedición) y que el marqués de Santa Cruz informase de los preparativos en Italia.⁴⁷

Santa Cruz arribó el 23 de octubre a Génova, donde encontró la carta del rey con la orden de que no viajase a Milán a encontrarse con el gobernador, el duque de Feria, con el cual mantuvo por ello correspondencia escrita. Informó al soberano sobre sus resultados el 3 de noviembre. En esta carta advirtió también sobre la necesidad de escribir al gran duque de Toscana, al gran maestre de Malta y a la república de Génova, para que preparasen los navíos que debían aportar, porque el tiempo estaba ya muy avanzado. Informaba sobre lo que había observado en Elba, que en las herrerías de la región no se estaba fabricando ninguna bala de cañón. Pero se había enterado, cuando todavía estaba en Barcelona, de que se daban buenas condiciones para su fabricación en Pamplona. El rey podría hacer fabricar algunas allí, aunque según su criterio debería haber una cantidad suficiente en Nápoles.⁴⁸

El 29 de noviembre se le dio al marqués de Santa Cruz la orden de marchar a Nápoles, de donde debía proceder la mayor parte de todo lo que se preparaba en Italia para la expedición. Todo se debía concentrar después en Mesina o en Palermo, para desde allí ser llevado en navíos hasta Mallorca (lugar de concentración de los bajeles, las tropas y los materiales de Italia y España, fundamentales para el ataque a Argel). El rey comunicó al marqués que serían enviadas embarcaciones de España para los 2.400 lombardos que el gobernador milanés, el duque de Feria, enviaba desde Cerdeña y para los 1.200 infantes y 140 jinetes para cuyo transporte faltaban barcos en Génova. Por lo tocante a los soldados españoles e italianos que debían aportar Nápoles y Sicilia, en la corte madrileña presuponían que en ambos virreinos habría para ellos un número suficiente de navíos. Si el marqués viese que había de sobra, podrían ser utilizados para transportar soldados de Génova, con lo cual se reduciría la cantidad de lo que se había que mandar de España.⁴⁹

Los preparativos de la empresa argelina, en los que participaron España, Italia y los Países Bajos gobernados por Alberto e Isabel, alcanzaron su mayor intensidad en la segunda mitad del año 1618. No era poco lo que debía reunirse. Tan sólo la lista de las principales viandas de procedencia española para treinta y tres mil soldados, elaborada en octubre de 1618, contenía 44.000 quintales de bizcocho, 150.000 arrobas de vino, 6.014 quintales de tocino, 1.478 quintales de queso, 2.955 quintales de atún, 19.060 arrobas de vinagre, 3.045 quintales de arroz, 1.000 mil quintales de garbanzos y 4.095 arrobas de aceite.⁵⁰ Mallorca debía entregar, además de vino, aceite, queso y tocino, veinte mil fanegas de trigo para molerlo y amasar pan fresco para los soldados, 3.000 gallinas y 30.000 huevos.⁵¹ Otro gran proveedor

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ El marqués de Santa Cruz a Felipe III, Génova, 3-XI-1618. AGS, Estado, leg. 1952, ff. 51-53.

⁴⁹ Felipe III al marqués de Santa Cruz, s.l., 29-XI-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

⁵⁰ AGS, Estado, leg. 1952, f. 199.

⁵¹ AGS, Estado, leg. 1952, f. 144.

del ejército con alimentos y otros enseres necesarios era a su vez Italia. El envío de alimentos básicos se calculaba en 45.753 quintales de bizcocho, 185.028 arrobas de vino, 5.529 quintales de tocino, 1.325 quintales de queso, 2.651 quintales de atún, 1.340 arrobas de vinagre, 700 quintales de garbanzos, 1.706, quintales de habas y 2.000 arrobas de aceite.⁵² El marqués de Santa Cruz recibió la relación de lo que debía ser entregado en Italia, tanto en lo referente a barcos como a tropas, armamento y provisiones, y tenía la obligación de informar al rey sobre sus observaciones.

La fabricación y entrega del bizcocho se hacía usualmente a base de asientos, es decir, acuerdos con los comerciantes. A los lugares donde se fabricaba fueron enviados comisarios para vigilar que se mantuviese la calidad. Fueron hechos asientos también para otras mercancías. No se trataba solamente de alimentos, sino también de paja y forraje para los caballos y mulas, de asegurar la fabricación de toneles y arcos de hierro para apretarlos, barriles, compra de borrachas, toldos, baldes, jarros y otros recipientes, tiendas y sacos para dormir y muchas otras cosas que no podían faltar. Le fue dedicada especial atención a la artillería. Disponer todo lo referente a esta arma le había sido encomendado, como ya se ha dicho, al marqués de Hinojosa, con el que colaboraba estrechamente Cristóbal de Lechuga, que había recorrido los almacenes de material militar de Cartagena, Málaga, Cádiz, Gibraltar y Sevilla para averiguar qué se podía utilizar para la expedición y qué faltaba. El rey ordenó a Hinojosa conseguir veinte piezas de demolición y veinte de campo. La opinión sobre dónde comprarlas fue cambiando. La primera relación de Lechuga contaba con el envío de diez cañones de Nápoles y treinta medios cañones de Flandes, junto con mil balas para cada uno. Hinojosa era sin embargo de la opinión de que no se encargasen hasta que Lechuga no hiciese revisión de los depósitos, pues suponía que sería posible conseguir todas las cuarenta piezas en España.⁵³ En todo caso Felipe III se dirigió el 16 de octubre al archiduque Alberto con la petición de que le prestase 30 medios cañones. Alberto se había ocupado ya antes de la decisión de Felipe de hacer reclutar en los países Bajos y trasladar a España 3.000 valones, sobre los cuales y sobre el alquiler de bajeles para transportarlos le había escrito el rey el 13 de junio. Alberto en su respuesta del 21 de septiembre mostró disposición a llevar a cabo la decisión de Felipe y calculó los gastos relacionados con ello en 273.298 escudos. Los navíos solicitados por Felipe, de porte de 300 a 400 toneladas, entre ellos cuatro urcas grandes, era según Alberto necesario alquilar en Holanda, y esto en secreto, hasta que no llegasen a Ostende o Dunquerque, para que los estados de Holanda no entrasen en deseos de impedir la entrada de los navíos al servicio del soberano español.⁵⁴ El 19 de noviembre, en respuesta a la carta del 16 de octubre, Alberto anunció que se esforzaría en que el ejército estuviese organizado y embarcado para fines de febrero y que asimismo enviaría los 30 cañones solicitados con lo necesario para ellos. Pero no estaba de acuerdo con prestarlos. Los cañones no volverían hasta el invierno y Alberto podría

⁵² AGS, Estado, leg. 1952, f. 199.

⁵³ Registro del 11-X-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

⁵⁴ Alberto a Felipe III, Bruselas, 21-IX-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

echarlos en falta. Dejar a las guarniciones sin cañones por un tiempo tan prolongado podría ser peligroso. Por este motivo Alberto consideraba apropiado que Felipe III le diese el dinero para fabricar nuevos cañones (se necesitaban para ello 126.000 libras de cobre húngaro y 4.000 libras de aleación de zinc, plomo y estaño de Inglaterra). Lo que costaría 53.601 escudos. Dado que el cálculo inicial de los gastos se rebajó a 207.988 escudos (Felipe ya no pedía cuatro urcas y los valones debían ser abastecidos durante tres meses en lugar de cinco), ascendía el nuevo cálculo de todos los gastos a 261.589 escudos. Alberto solicitaba que se le entregasen de inmediato, sin pérdida de horas.⁵⁵ Tuvo sin embargo que urgir el envío del dinero, pero en el tiempo en que su carta del 24 de diciembre estaba de camino,⁵⁶ Felipe III hizo enviar a Bruselas 259.638 escudos, de los cuales 250.258 para repartirlos según dispusiese Alberto y los restantes 9.380 para Spinola.⁵⁷ Parece que el Rey había estado de acuerdo con la propuesta de Alberto, aunque en realidad se trataba de cañones de más, porque Hinojosa había conseguido todas las 40 piezas en España y Portugal. El 10 de diciembre le escribió al secretario Aroztegui que había 12 cañones en Cartagena (ocho para balas de 35 libras y cuatro de 32 libras). Y había dado órdenes de fundir los restantes en Lisboa, de donde había llegado la noticia de que nueve ya habían sido fundidos y para los restantes ya estaban preparados los moldes, o sea que para final de mes estarían todos terminados. Era también obligación de Hinojosa reunir armamento de todo tipo para los zapadores, que anunció que ya estaba fabricado, y 3.500 quintales de pólvora y 2.000 quintales de cuerda que, según informó, estarían preparados en marzo.⁵⁸ El encargo de conseguir otros 2.500 quintales de pólvora lo recibió en los Países Bajos el marqués de Spinola, al que Felipe III encomendó también comprar 8.000 toneladas de plomo. A causa de que Hinojosa estimó inicialmente que no podría conseguir en España toda la cantidad de pólvora solicitada, Spinola recibió posteriormente la orden de comprar otros 1.300 quintales más, sobre los que escribió que tendría que comprarlos en Holanda. Para adquirir el plomo cerró un contrato con un comerciante, que se comprometió a entregárselo a España por su propio riesgo. Luego quedó patente que se podría comprar la cantidad de plomo requerida más barata en Sevilla y Málaga, pero Spinola ya no pudo romper el contrato.⁵⁹ Spinola recibió también la misión de comprar hojalata para fabricar artesas y de comprar en las fronteras de Alemania o en Ámsterdam o Inglaterra duelas para fabricar 20.000 toneles para vino y agua.⁶⁰ El afán del rey y del proveedor general era adquirir lo necesario para la empresa lo más barato posible, por eso se averiguaban antes los precios. Así se hizo en el caso de los 6.000 quintales de cuerda para arcabuces. Al decidir sobre su fabricación en

⁵⁵ Idem, Terburen, 19-XI-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

⁵⁶ Idem, Bruselas, 24-XII-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

⁵⁷ Antonio de Aroztegui al Conde de Salazar, 26-XII-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

⁵⁸ Marqués de Hinojosa a Antonio de Aroztegui, de casa, 10-XII-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

⁵⁹ Relación de lo que está ordenado en lo tocante a la jornada, AGS, Estado, leg. 1952, ff. 95-98. Spinola a Felipe III, Bruselas, 21-IX, 19-XI y 24-XII-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

⁶⁰ Relación de las provisiones que por mandato de Su Majestad se han hecho para efectos de su real servicio... Madrid, 2-II-1619. AGS, Estado, leg. 1952, f. 144.

los Países Bajos y en Milán, Spinola debía regirse por las noticias del gobernador de Milán. Las posibilidades de Fería se revelaron mejores, y la cuerda fue por tanto producida en el estado milanés.⁶¹ En lo referente al tren de artillería, incluía muchos apartados diversos y su preparación requería mucho esfuerzo. Se tropezaba por ejemplo con la falta de madera para fabricar cureñas. La que ya había sido almacenada en Málaga y enviada a Cartagena fue presa de los piratas. El Marqués de Hinojosa, en una carta en la que informaba de este suceso, indicaba también la necesidad de adquirir 36.000 balas de cañón del tamaño correspondiente, que había mencionado el 30 de agosto, y solicitaba que se averiguase si sería posible traerlas de Elba o de los Países Bajos.⁶² No conocía aún la observación del marqués de Santa Cruz, diciendo que en la isla de Elba no se fabricaban dichas balas. 36.081 bolas de calibre entre 15 y 60 libras fueron halladas en Cartagena,⁶³ pero una parte debía servir para la defensa de la ciudad. También era proveedor de material de artillería el reino de Nápoles. Santa Cruz comunicó en diciembre desde Nápoles que allí estarían a disposición todas las balas de cañón que se habían solicitado, excepto las de 32 libras. Escribía sobre el cuidado que el Duque de Osuna ponía en la preparación de la artillería y de todo lo demás que se le había encomendado.⁶⁴ El reino de Nápoles tenía que ser, como ya se ha dicho, la fuente principal de lo que se preparaba en Italia para la empresa argelina. Podía aportar barcos armados con cañones, tropas, armas y alimentos. Aparte de las tropas de Nápoles, se contaba para la jornada con soldados de Milán —el duque de Fería había informado que para levantar a los alemanes y lombardos necesitaría 74.688 escudos y el proveedor general recibió la orden de que esta cantidad estuviese en Milán antes del fin de febrero—, con el reclutamiento de 3.000 valones, 1.500 portugueses y 3.000 españoles, aparte de los que viniesen de Italia. En las relaciones que he mencionado figuran también soldados del estado pontificio.

A finales de noviembre Felipe III envió cartas al papa, al gran maestre de la Orden de San Juan y a la república de Génova pidiéndoles sus galeras. En España era necesario reforzar la Armada del Mar Océano, pieza fundamental de la fuerza naval para la empresa argelina. El presidente del Consejo de Hacienda recibió el mandato de proporcionar medios para ello.⁶⁵ En Vizcaya fue formada una nueva escuadra, que había de estar preparada para zarpar en marzo. Y en diciembre fue enviado al litoral del norte de España el almirante José de Mena, para que allí adquiriese veinte naves ligeras (pinas), que servirían para el desembarco, y alistase marineros y soldados. El 16 de enero de 1619 este comunicaba su decepción, porque no había podido encontrar las tablas para la fabricación de al menos seis u ocho de estos barcos, pero por otra parte había requisado diez pinas en Castro y tres en Laredo. Había oído sobre

⁶¹ Cfr. nota 59.

⁶² Cfr. nota 58.

⁶³ Cristóbal de Lechuga [a Antonio de Aroztegui], Cartagena, 12-XI-1618. AGS, Estado, leg. 1950.

⁶⁴ Ver la consulta del 15-I-1919. AGS, Estado, leg. 1952, f. 205.

⁶⁵ Cfr. nota 59.

otras dos o tres en Plasencia, Vizcaya, que también pensaba decomisar. Se prometía otros hallazgos de sus viajes por la costa desde Santander a San Vicente.⁶⁶

En noviembre de 1618 apareció una complicación como consecuencia del nuevo cálculo de los gastos que presentó el proveedor general. Calculó los gastos necesarios en 2.617.627 ducados, lo que significaba en comparación con el 1.400.000 ducados ya permitido por el rey un aumento de enorme cuantía – 1.217.627 ducados. Esto se debía a que Gamboa contaba con que el número establecido de 33.000 hombres pasaría del doble en cuanto se les sumasen aventureros y sirvientes, lo que por supuesto requeriría aumentar la mayoría de las partidas. Quería además que se llevasen 400.000 ducados como reserva. En el Consejo de Estado las cuentas de Gamboa, de las que se ocupó el 24 de noviembre, cayeron como un jarro de agua fría. Gamboa, entre cuyas obligaciones se contaba cuidar de la fabricación del dinero de vellón, informó además de que el cobre para este dinero no había sido reunido hasta ese momento, y que dado que venía por mar, la fábrica de la cantidad destinada a la expedición podría retrasarse. El Consejo constató estos hechos que se desprendían de la relación de Gamboa, y llamó la atención igualmente sobre que la situación empeoraba “en Alemania”, de donde pedían dinero, y de forma parecida también en Italia. Eran necesarios también los envíos de dinero a Flandes. El Consejo informó que estaba sopesando cuidadosamente todos estos gastos, no pequeños, y las dificultades asociadas a ellos, como lo pedían sus obligaciones. No querían meterse en elucubraciones sobre si se debía o no realizar la jornada, cuando el rey ya había decidido, pero consideraban conveniente, viendo cómo crecían los gastos relacionados con ella, que se examinase cuidadosamente cuánto costaría y cuantos medios podían realmente dar los ministros de Hacienda para todo lo que fuese tan importante e imprescindible que no admitiera demora. Y si no había suficientes medios o fuesen a faltar cuando más se los necesitase, que se excusara lo que habría de perderse si no se pudiese conseguir el fin pensado, pues esta empresa no era como una fábrica en la que los gastos se pueden ajustar a las posibilidades, en lo tocante al tiempo y cantidad, sino que exigía que todas las cosas estuviesen dispuestas y reunidas a un tiempo, y este tiempo se limitaba a dos o tres meses. Antes de firmarse la consulta habló todavía Messía, que se explayó ampliamente sobre este problema. Resumió lo que había precedido a la decisión real de realizar la campaña contra Argel y proclamó que era de la misma opinión que siempre, o sea, que si se reuniesen 33.000 infantes y los bastimentos que este ejército necesitaría para un período de cinco meses, con 60.000 quintales de bizcocho, la artillería, sobre la que había decidido el monarca, y todo el tren de ella con las municiones necesarias y las naves, y si las tropas desembarcasen a mediados o a más tardar a finales de junio, consideraba la jornada muy fácil. Pero si hubiese quienes lo entendiesen mejor, que el rey ordenase escucharlos y tomase luego su decisión. Le pedía sin embargo al rey que decidiese rápido, y si fuese su voluntad que los preparativos para la empresa continuasen como estaba decidido, que no hubiese ya más dilaciones, porque estas

⁶⁶ *Ibidem*. Además Antonio de Aroztegui a Martín de Aroztegui, Madrid, 16-I-1619. Jusepe de Mena a Martín de Aroztegui, 16-I-1619. AGS, Estado, leg. 1950.

podrían ser lo que más la podía estorbar. Y así sería conveniente que todos entendiesen que el rey se mantenía en esa decisión y cada cual le sirviese en lo que fuese su obligación, sin permitir más discusiones. Y si el rey decidía que no se continuase, sería conveniente escribir de inmediato a Italia y Flandes, para que cesasen las prevenciones, algunas de las cuales estaban ya en una fase muy avanzada. Igualmente adecuado sería hacer lo mismo en España. Y aunque ahora se perdiese harta reputación, la pérdida sería todavía mucho mayor si se continuase con los preparativos y luego no se llevase a cabo la jornada. Messía exponía a la vez a la consideración del rey que “si este año [se entiende que el próximo] no la hace, se puede pensar y tener por cierto que pasarán muchos que Vuestra Majestad no halle la ocasión que de ahora hay, teniendo pronto el dinero prevenido para ella y estar Francia e Inglaterra y las Islas en paz”. La falta de cualquiera de estas condiciones significaba un gran obstáculo, así como la tregua con Holanda acabaría pronto y no se sabía que saldría de esto.⁶⁷ El Rey volvió a mantenerse en su decisión del 31 de agosto, pero aumentó sin embargo la cantidad de dinero de vellón presupuesta. Estimó que los gastos no deberían superar 1.700.000 (el millón originalmente planeado había crecido pues en menos de tres meses en otros 700.000) y ordenó que para más seguridad se reuniesen para ello Messía, Gamboa y el príncipe Filiberto de Saboya y acordasen todo lo que fuese necesario para realizar la jornada.⁶⁸ Porque los preparativos a partir de lo que había sido decidido anteriormente estaban ya muy avanzados, y si no se aprovechase esta ocasión, sería dificultoso volver a emprender la empresa. Por esta razón “parece que conviene llevarlo adelante”, continuó el rey, “y fio de Dios que lo ha de ayudar como causa suya, y así importará que el Consejo vaya también ayudando lo que le tocare para buen suceso”. No conocemos los resultados de la reunión entre Messía, Gamboa y Filiberto, que en todo caso no cambió nada en la decisión real. Se deduce esto de su respuesta a la consulta de 18 de diciembre, relativa a la poca disposición del presidente del Consejo de Hacienda a entregar al pagador general Antonio de Portillo 200.000 ducados para pagar los suministros que tramitaba Gamboa. Se constató que la falta de voluntad del presidente de cumplir las órdenes reales de entregar el dinero tenía como consecuencia el retraso en los preparativos, a pesar de que tanto el proveedor general como los demás que lo tenían a su cargo hacían todo lo que requería el servicio de Su Majestad. Si se habían de continuar los preparativos de la campaña, era necesario que el monarca mandase llamar al presidente del Consejo de Hacienda y le ordenase lo que tenía que hacer. Si no se hubiese de continuar lo comenzado, que se parase antes de que los gastos creciesen. Felipe III anotó en el margen del documento que había ordenado al presidente del Consejo de Hacienda que entregase inmediatamente el dinero solicitado y que se debía continuar en ir previniendo todo lo necesario para la jornada.⁶⁹ El 31 de diciembre dio el rey al mismo la orden, que repitió el 7 de enero, de que se diesen a Portillo

⁶⁷ Consulta del 22-XI-1618. AGS, Estado, leg. 1950, ff. 160 y 161. En la copia en limpio, leg. 1952, f. 119, donde consta también la posición de Messía, la fecha fue cambiada a 24 de noviembre.

⁶⁸ *Ibidem*.

⁶⁹ AGS, Estado, leg. 1952, f. 209.

otros 200.000 ducados a cuenta del dinero establecido para la jornada, aparte de los 400.000 que ya le habían sido puestos a disposición.⁷⁰ Los 300.000 ducados habían sido enviados a Flandes para los gastos de la empresa. Aunque del dinero planeado quedase todavía una suma considerable, la cuestión financiera comenzaba a cobrar para la campaña contra Argel un nuevo significado, a la postre, fatídico en relación con la guerra que continuaba en Bohemia.

Vuelco hacia un cambio de prioridades

Mientras en España, en los Países Bajos, en Génova y en todas las posesiones españolas en Italia continuaban los preparativos para el ataque contra Argel, que tenían que culminar con la agrupación de todas las fuerzas necesarias, tanto navales como terrestres, en Mallorca antes de mayo de 1619, en la corte madrileña crecían las dudas sobre si España sería capaz simultáneamente de prestar a la rama austríaca de la casa de Austria la ayuda que demandaba el adverso devenir de la guerra de Bohemia. Ya el 13 de diciembre se decidió que la ayuda española había de ser aumentada a 50.000 ducados mensuales durante seis meses, pero las malas noticias de Viena junto con el encarecimiento de lo que había en juego demandaban que España se comprometiese en este conflicto de forma más abundante.

En el Consejo de Estado se comenzó a hablar en el nuevo año sobre este problema el día 4 de enero. La consulta de este día, incluyendo lo expuesto por el rey, fue unida a dos posteriores, del 11 y el 24 de enero de 1619,⁷¹ pero no se ha conservado ninguna de ellas o yo no he conseguido encontrarla. Es una lástima, pues algunos miembros del Consejo remiten a su intervención de ese día. Pero más importante para dirimir el dilema entre Argel o Bohemia fueron las sesiones del Consejo de Estado del 11 y el 24 de enero y la posterior decisión del monarca adjunta a cada una de ellas. En la sesión del 11 de enero se habló por primera vez también de la propuesta del archiduque Alberto contenida en su carta del 24 de diciembre.⁷² Baltasar de Zúñiga no dudaba de su importancia, pero la solicitud de Alberto de que se le concediesen 170.000 escudos extraordinarios al mes le parecía excesiva dada la situación financiera de España en aquel entonces. Juzgaba sin embargo que era necesario dar lo máximo dentro de lo posible, enviando de inmediato al menos 200.000 escudos a Oñate, con la orden de que hiciese alistar infantes hasta un número de 10.000 y jinetes hasta 1.000. Aparte de las cantidades mencionadas, Zúñiga solicitaba para Oñate al menos 70.000 escudos al mes. Consideraba soldados muy apropiados a los tridentinos, porque se trataba de una guerra en la que importaba que las tropas y sus comandantes fuesen católicos. Entre los capitanes podría haber algún luterano, pero de buena intención y vasallo de la casa de Austria. Zúñiga recomendó también aprovechar para la guerra en Bohemia a los valones de Guillermo Verdugo de Nápoles. Tendrían que ser trasladados a Milán lo antes posible con el pretexto de que estaban de vuelta a los Países Bajos, y reforzados por el duque de

⁷⁰ AGS, Estado, leg. 1867, ff. 266-275.

⁷¹ AGS, Estado, leg. 1867, f. 256 y leg. 1952, f. 255.

⁷² Cfr. nota 35.

Osuna con franceses, escoceses, ingleses, irlandeses y borgoñeses. Para el caso de que su número no alcanzase los 5.000, podría darse la orden al condado de Borgoña de completarlos con soldados locales, cuando la agrupación atravesase Suiza. Sin embargo, antes sería preciso asegurar que los suizos permitiesen el paso. Zúñiga recomendó emplear de 80 a 100 mil ducados para lograr su asentimiento. A Alberto sería necesario comunicarle la razón de que no se le pudiesen dar medios tan grandes como había solicitado, pero indicándole que si se unía lo que el rey estaba dispuesto a dar con lo que sería justo que hiciesen los príncipes católicos, se podría mantener un ejército casi tan grande como el que el archiduque había propuesto. Y habría que insistir al papa para que prestase al emperador la ayuda debida. En los asuntos de la jornada secreta Zúñiga remitió a lo que había dicho en la consulta anterior. Indudablemente se mantenía en su posición de que ante todo era necesario prestar ayuda para sofocar la rebelión de Bohemia.

El duque del Infantado se identificó con Zúñiga y recomendó que para la guerra en Bohemia se utilizase el dinero que había sido enviado a Flandes para los preparativos de la jornada secreta. El marqués de Villafranca apreció la experiencia de Zúñiga en los asuntos de Alemania, pero disintió de él en lo referente al envío de soldados de Nápoles que había propuesto. En ningún caso era conveniente que el rey enviase a Alemania sus vasallos ni a los franceses, que adquirirían así experiencia militar a cuenta de los españoles. En cuanto a los valones, que el mismo había enviado de Milán a Nápoles, los consideraba los peores soldados que había visto nunca. Los había enviado a Nápoles para quitárselos de encima, pues si los hubiese disuelto se hubiesen pasado al enemigo. No había podido devolverlos a Flandes, al no tener permiso de paso de los suizos, porque estos pidieron más de lo que podía pagarles. Enviar ahora a estos soldados a través de Milán significaría como mínimo dar al duque de Saboya y a los venecianos la causa para armarse aún más, sin contar con los grandes gastos que tendría el rey con su traslado a Alemania.⁷³ El marqués estaba de acuerdo con Zúñiga respecto a que era imprescindible enviar a Oñate inmediatamente 200.000 ducados (Zúñiga había hablado de escudos) y otros setenta mil mensuales. Decididamente desaconsejaba que se aflojase en los preparativos de la campaña contra Argel, pues ningún motivo era más grave que los que atañían directamente a la reputación del rey. Juzgaba que si se pusiese empeño sería posible enviar a Oñate el dinero mencionado, sin que por ello tuviese que quedar amenazada la empresa argelina. Agustín Messía constató que el rey estaba obligado a ayudar en Bohemia, y que esta ayuda debía ser en dinero y en tropas. Pero él ve que no se trata de otra cosa que de lo de Bohemia y se olvidaba a España, aunque según noticias recientes zarpaban de Holanda para allá 90 bajeles para concertarse con los corsarios. A esto había que prestarle mucha atención. Si las finanzas reales permitiesen atender a lo uno y a lo otro, el rey debería ordenar que así se hiciese. En

⁷³ El 25 de mayo de 1619 el Marqués de Villafranca ya había cambiado evidentemente su opinión. Recomendaba enviar de Italia como refuerzos para el emperador también dos mil valones de Nápoles, pues con ello se le ahorrarían al Reino gastos excesivos y la difusión de malas costumbres. Cfr. la consulta del 25-V-1619. AGS, Estado, leg. 1867, f. 312.

todo caso, incluso si los recursos no bastasen, sería conveniente reflexionar como acudir a una parte y a la otra. Para un conocimiento más detallado de sus opiniones remitía Messía a la consulta del 4 de de enero. Igualmente el marqués de la Laguna se refería a esta consulta en lo tocante a su opinión sobre la jornada secreta. Coincidía con Messía en que la noticia de los 90 bajeles de Holanda merecía mucha atención. Solicitó la creación de una gran fuerza naval, necesaria para garantizar la seguridad de las Indias y la navegación y el comercio de España. Zúñiga retiró después su propuesta de enviar a los valones desde Nápoles, pues por lo que decía el marqués de Villafranca resultaban ser peores que otros de su nación, y repitió su opinión en favor de que Oñate aumentase el número de soldados al servicio español a 10.000 infantes y 1.000 jinetes. Después de Zúñiga intervino el cardenal Zapata. Dijo que por lo que había entendido era imposible ocuparse absolutamente de todo, y por eso le parecía que se pusiese el mayor afán posible en favor de la cosa de Bohemia, y que la parte de las prevenciones que estaban hechas se convirtiese en armar dos fuertes escuadras navales que operarían en el Mar Mediterráneo para proteger el litoral español y mantendrían a raya a los venecianos y a todos los demás que quisiesen desasosegar Italia. Finalmente pidió de nuevo la palabra el duque del Infantado. Expresó su acuerdo con el marqués de Villafranca, por lo que se refería al ejército, y con Zúñiga en cuanto al propuesto aumento del número de soldados al servicio de España. El Consejo le pidió luego al rey que dada la seriedad de las cosas discutidas, entre las que se contaba también el envío de un legado especial para tratar con el papa sobre la ayuda contra los rebeldes bohemios, decidiese cuanto antes.⁷⁴

La decisión de Felipe III fue terminante. “Mucho me ha dado que pensar el estado tan apretado en que se va poniendo lo de Bohemia y lo que se puede temer en el resto de Alemania, siendo tan importante conservar el imperio en la casa de Austria, con lo que de esto resulta a la religión católica y al bien público; y aunque se han hecho muchas diligencias para hallar medios con que acudir a esta ocasión de manera que no estorbase la ejecución de la empresa de Argel, las finanzas están en tal estado que se dificulta mucho con imposibilidad de acudir a lo uno y a lo otro, y así por lo que se pudiera arriesgar enredados en todo y lo que se dilataría el socorro de Bohemia, tras haber visto lo que se me consulta parece caso forzoso mirar por aquello [es decir, por el socorro], acudiéndose presto con los medios que el Consejo verá que se podrían enviar de presente, e ir previniendo lo demás en el futuro. Y los 300.000 ducados que se enviaron a Flandes para los preparativos de la empresa podrían aprovecharse para tomar de ellos lo que se estimase conveniente enviar con presteza, y por evitar gastos, al no poderse hacer la jornada este año, se podrá tratar de engrosar más la armada del mar océano para que tenga tanta fuerza que baste a reprimir a los corsarios.”⁷⁵ El rey llegó pues a la conclusión de que España no tenía el dinero que pudiese bastar para continuar la preparación del ataque contra Argel y simultáneamente hacerle una ayuda sustanciosa al emperador, y decidió darle prioridad al asunto de Bohemia sobre aquello que ya había requerido tanta energía y era desde antiguo un

⁷⁴ Consulta del 11-I-1619. AGS, Estado, leg. 1867, f. 256.

⁷⁵ *Ibidem*.

anhelo de la Corona y de una parte no pequeña de la población española. En lugar de conquistar Argel solamente se reforzaría la armada. Al Consejo le fue encomendado por el Rey que tratase sobre lo que había de escribirse a Osuna y Santa Cruz, y como debían utilizarse los preparativos ya efectuados y si sería conveniente que el príncipe Filiberto fuese a Italia, para encargarse con todo lo que se había acumulado allí y lo que aún fuese necesario de la seguridad en el mar y de castigar a la armada del turco, si navegase por allí. El marqués de Santa Cruz debería en ese caso volver, para que con las galeras de su escuadra y las demás que estaban a disposición en España, junto a la Armada del Mar Océano y la portuguesa, quedasen aseguradas las costas de España y Portugal. En lo tocante al dinero que quedaba del millón destinado a la campaña contra Argel, el rey ordenó tenerlo preparado para cualquier caso, igual que otros 700.000 ducados que había que labrar y que no debían ser tocados, pues había que tener algo reservado para las ocasiones que pudiesen acaecer.⁷⁶ En el documento titulado “Lo resuelto por Su Majestad en la Consulta de 11 de enero” hay todavía otros puntos y tareas sobre los de que el Consejo debía resolver. Se referían a los preparativos iniciados y en marcha para la campaña, sobre cuyo destino debía decidirse, y también a la ayuda para el emperador. Por ejemplo, si debía ser solamente en dinero y el ejército habría que formarlo en Alemania, o si en el caso que constase con tropas de Italia, debía dirigirse allí a través de Alsacia o mejor por el Mar Adriático hasta el territorio del rey de Bohemia.⁷⁷

Sólo después de la decisión real del 11 de enero se ocupó el Consejo de Estado de las cartas que habían llegado de Italia del duque de Osuna, del marqués de Santa Cruz, del duque de Tursi, de Juan Vivas y del cardenal Borja. Las cartas de Osuna eran del 14 y el 17 de diciembre, las misivas del marqués de Santa Cruz del 24 de noviembre y del 10, 11 y 18 de diciembre. Los pasajes referentes a la campaña contra Argel habían perdido su actualidad con la decisión real. Desde el punto de vista de nuestro tema, lo más digno de atención de esta sesión del Consejo fue que algunos de sus miembros reconocían la posibilidad de que el monarca pudiese aún cambiar su decisión del 11 de enero.⁷⁸ Y Messía intentó lograr este cambio el 24 de enero.

En ese momento se trató de nuevo de la ayuda al emperador en lugar de la meditada jornada contra Argel. Habló en primer lugar el duque del Infantado. Propuso que se escribiese a Flandes con la orden de no repartir en adelante el dinero recibido y cesar las compras de pólvora, artillería y otras cosas que se habían pedido allí. Llamó la atención sobre la decisión real del 13 de diciembre de enviar para la guerra de Bohemia 50.000 ducados mensuales y recomendó enviar inmediatamente a Oñate 250.000 ducados de los 300.000 que se habían enviado a Flandes, porque era la ayuda más rápida que se podía llevar a cabo, con el mandato de que siguiese reclutando

⁷⁶ *Ibidem*.

⁷⁷ AGS, Estado, leg. 1952, f. 231.

⁷⁸ Consulta del 15-I-1619. AGS, Estado, leg. 1952, f. 205. Felipe III remitió en su respuesta a esta consulta a su decisión del 11 de enero sobre los asuntos de la empresa argelina, y el Consejo debía según eso discutir qué se debía escribir a Osuna, al marqués de Santa Cruz y los demás. Por lo que se refiere a los venecianos, Osuna debía actuar de forma que se evitasen otros disturbios.

infantería y caballería hasta el número de 8.000 infantes y 1.000 caballos. Consideraba asimismo necesario aumentar la Armada del Mar Océano, para la seguridad y grandeza de España. Con este fin propuso que el marqués de Santa Cruz trajese los galeones de Nápoles, muy bien armados y provistos de vituallas. A Osuna se le podría escribir la decisión del rey y que por el gran número de corsarios y la flaqueza de la Armada del Mar Océano debía enviar todos sus galeones. Juzgaba que era imposible que las cosas en Bohemia se solucionasen tan pronto para que en ese año pudiese llevarse a cabo cualquier otra cosa. En cuanto a los alimentos y municiones preparados para la campaña, estaba convencido de que la armada los consumiría fácilmente y que nada se desperdiciaría, pues por todas partes había gran necesidad de ellos. El marqués de Villafranca, que en la consulta del 11 de enero había aconsejado no abandonar los preparativos contra Argel, no ocultaba que la decisión real no le entraba en la cabeza. “Que sabe Nuestro Señor cuanto le ha dolido y duele el menoscabo de la real autoridad en revocar hoy lo que ayer se resolvió”, dijo al comienzo de su intervención. Advirtió al final que “los corsarios no se deshacen si no se echan de su casa”. Especialmente le intranquilizaba por otra parte que el abandono de la empresa argelina pudiese tener como consecuencia la disolución del ejército. Aconsejó mantenerlo y utilizar las fuerzas militares y todo lo preparado, ya que no contra Argel, contra Túnez, Bizerta o para algún otro proyecto grande o provechoso para la defensa, o en su caso para enviar ayuda a las Indias Orientales y Occidentales, con el fin de desalojar de allí a los enemigos. Advirtió contra el envío de ayuda militar española a Bohemia: esto significaría perder amigos en Alemania, como había ocurrido con Francia cuando Felipe II había enviado allí sus ejércitos. La ayuda militar a Bohemia debía venir de Alemania; el rey daría remedio bastante a aquella rebelión con 100.000 ducados cada mes, que hasta agosto serían 800.000 ducados, un dinero que “en dos días” podría sacarse de los feudos de Nápoles. Otra posibilidad sería enviar inmediatamente a Bohemia 300.000 ducados, que habría de llevar en metálico la expedición contra Argel y que debieran ser bastante socorro “para efectuar con autoridad el concierto que allí de cualquier manera han de tomar”.

Tras el dictamen del marqués de Villafranca intervino A. Messía. De la decisión real podía deducirse –dijo– que se iba suspendiendo la expedición contra Argel por falta de hacienda. Sin embargo en opinión de Messía era precisamente el dinero la razón para llevar a cabo la empresa, pues como era muy cierto y sabido, todos los años desde que Argel se había armado perdía el rey de 600.000 ducados anuales para arriba, que era la suma destinada para lo de Bohemia, sin contar lo mucho que sus vasallos perdían en el comercio y por los muchos que caían en esclavitud. Y en lo tocante a la reputación, opinaba que en el tiempo que el monarca era señor de esos reinos no se le había ofrecido ocasión de perder tanto como en ésta, porque era una empresa que el rey había deseado mucho. Y teniéndola ya en tan buen estado, bien se veía lo que se pierde en dejarla por 600.000 ducados. Y con esto, aún tenía Messía por mayor inconveniente la ocasión que se daba a todos los enemigos de la Corona, tanto los declarados como los que no lo estaban, para llevar a cabo sus malos pensamientos, al ver que por meros 600.000 ducados dejaba de hacerse cosa de tanta importancia y provecho. Y para cantidad tan escasa, si el rey no se hallara con

hacienda propia, tenía vasallos que podrían servirle con ella e incluso otros caminos para conseguirla. Debía además considerar que el reino debía estar muy afligido, pues le había concedido al monarca ese dinero mediante su real palabra de que era para cosa que les importaba tanto como librarlos de Argel, y habiendo sacado la sangre de sus venas y de las de sus hijos para esto, verían que no les había servido para nada y que tenían a sus padres, mujeres, hijos y hermanos esclavos. No era posible que los corsarios no causasen graves preocupaciones, pues aunque no se llevaran toda la flota, les bastaba con que les cayese a las manos uno o dos barcos que transportasen otros tantos millones, para utilizarlas en daño de los españoles. Como se ve, Messía se esforzaba en convencer al monarca que de abandonar la campaña contra Argel no solo dañaría la reputación real, sino que no era conveniente ni necesario tampoco desde el punto de vista económico. En el caso de que efectivamente se abandonase el proyecto, proponía interrumpir todos los preparativos, considerando imposible que continuándolos pudiese ocultarse la decisión tomada. Estaba a favor de disolver y liquidar el pago a los regimientos lombardos y napolitanos y mantener a los valones, para que no se pasasen al enemigo y pudiesen ser utilizados para servir en la armada. También los franceses e ingleses en Nápoles deberían ser despedidos, si esto ya no se había hecho.

El marqués de la Laguna manifestó que había sido siempre de la opinión de que la campaña contra Argel se suspendiese por causa de las circunstancias que se daban tanto en Alemania como en Italia, donde podían esperarse disturbios del duque de Saboya y de los venecianos, que estaban tan armados y se entendían con el duque. Por eso no era éste momento de conquistas. Bastante trabajo habría con conservar todo lo que España ya tenía. Para reforzar la armada “que es lo que más importa” era necesario escribir al duque de Osuna para que enviase los galeones sin réplica. En la opinión del marqués de la Laguna sonaba pues de nuevo la preocupación por la inquieta situación en Italia. Aunque España viviese en ese momento en paz con Saboya, la tensión con Venecia, unida en alianza a Saboya, continuaba, alimentada por la falta de disposición del duque de Osuna de indemnizar a la república por el saqueo de sus barcos. A Osuna este litigio no resuelto le proporcionaba argumentos para mantener el ejército, que algunos miembros del Consejo de Estado consideraban superfluo. A juicio de Zúñiga era preciso antes de disolver el ejército “cortar el hilo de la disensión” que mantenía Osuna con los venecianos. Después Osuna podría enviar también a la costa española parte de sus galeones. Según Zúñiga, para mantenerlos a todos no bastarían los medios, si no se podía emplear para ello el dinero destinado a la Armada del Mar Océano. En lo referente a la ayuda al emperador, entendía por las consultas anteriores que el rey estaba decidido a enviar a Alemania setenta mil (en realidad cincuenta mil) ducados al mes. A Alberto se le podía responder –como había manifestado ya en la consulta del 11 de enero– que a causa de otras necesidades urgentes no era posible entregar los 170.000 escudos mensuales que solicitaba, pero que según se estimaba, los eclesiásticos y demás católicos alemanes podrían bien alentarse a proveer cada mes la cantidad de 100.000 escudos, para llegar así a los 170.000 solicitados por el archiduque. Este cálculo optimista lo completó Zúñiga en el convencimiento de que también el emperador y el rey de

Bohemia podrían colaborar con algo, y en no menor medida el Papa. Parecía –continuaba Zúñiga– que los católicos mostraban mayor celo que al principio y que asegurando bien las cosas sería posible resistir a los herejes y reducir las cosas a estado de una mediana paz, especialmente si se estableciera de nuevo la liga católica. Oñate pagaba en el ejército imperial el regimiento de alemanes que pertenecía al barón Créange y las tropas a sueldo de España podrían aumentar hasta 10.000 infantes y 600 jinetes (la opinión anterior de Zúñiga era de mil jinetes). Sería muy conveniente enviar a estos lares algún número de valones, pero en todo caso era necesario reclutar alemanes. Para el envío mensual de 70.000 ducados para la guerra en Bohemia Zúñiga recomendaba irlos proveyendo de los 300.000 enviados a Flandes para preparar la campaña argelina. Y los 100.000 ducados que había en plata en Génova recomendaba encaminarlos en especie al Tirol, “pues con ellos y el beneficio que resultara de la moneda tiene por cierto se sacarán 140.000 ducados que montan dos mesadas”. Otro miembro del Consejo, el cardenal Zapata, estuvo de acuerdo con Zúñiga. Añadió solamente que si fuese posible enviar algún ejército por el Adriático, se ganaría mucho tiempo. Oñate, el emperador y el rey de Bohemia podrían ser avisados de ello, para que organizaran el resto del camino. Sobre el discutido envío de los galeones de Osuna juzgó, que debían zarpar para reunirse con la Armada del Mar Océano. La sesión del Consejo de Estado del 24 de enero terminó con la resolución de que tras ver la decisión real sobre el ataque a Argel debía comunicarse a Flandes, Nápoles, Génova, Sicilia, Cerdeña, Mallorca y el litoral español, para que hasta nueva orden se interrumpiesen los gastos en la preparación de la campaña, y que la misma orden se diese a los generales de artillería.⁷⁹

El rey reaccionó a la consulta con un extenso enunciado, en el que repitió su decisión fundamental de sacrificar la campaña contra Argel en beneficio de la ayuda a la rama austríaca de los Habsburgos. “Cuanto más se ha deseado la ejecución de la jornada secreta”, escribía Felipe III, “parece que Dios sea servido que se excuse por ahora, por haberse ofrecido cosa tan precisa como haber de acudir a lo de Bohemia por estar en el estado que se sabe, y pues es tan importante no arriesgar, sino esforzarse sin dilación por mantener el imperio en nuestra casa de Austria, con que también se aquietarán más los ánimos asentándose bien esto, pues de lo contrario se mejoraría tanto el partido de los herejes y enemigos de esta Corona. Y para todas partes aprovechará ver que se acude con lo necesario así para lo de Alemania como para la seguridad de estos reinos y prevención de lo de Italia, y así se podrá escribir luego a mi tío [el archiduque Alberto] la resolución que se ha tomado en que él también ha sido de este parecer, y los 300.000 ducados que están en Flandes se aplicarán a lo de Alemania, remitiéndolos al conde de Oñate y diciéndole que por los seis meses de verano se le irán proveyendo otros 50.000 ducados en cada uno, pero encargándole mucho que vaya procurar el acomodamiento de aquello con mucha instancia, pues compusiéndose se ahorrará este gasto (...). Y si de los 300.000 ducados de Flandes se hubiere gastado algo en las prevenciones que se iban haciendo, se enviará lo que estuviere en ser al conde de Oñate y se avisará acá lo que faltaba

⁷⁹ Consulta del 24-I-1618. AGS, Estado, leg. 1952, f. 225.

para que se vea como se podrá cumplir con ello”. Después el Rey procedió a dar otras instrucciones. Consideró oportuno (según consejo del marqués de Villafranca) que los cañones y el material de artillería comprados en Flandes fuesen trasladados a España, donde escaseaban. La Armada del Mar Océano debía ser aumentada a 30 navíos y 4 pataches. Sobre esto le correspondía tratar sin dilación al Consejo de Guerra, además de sobre cómo dividir las galeras para que hubiese en todas partes las fuerzas necesarias. El Rey consideraba también importante que el príncipe Filiberto fuese a Mesina a concentrar las galeras de Nápoles y Sicilia y las demás, para el caso de que fuese necesario hacer frente o navegar al encuentro de la armada turca. Osuna debía ser informado en este sentido. Sería bueno tranquilizar a los venecianos asegurándoles que se cumpliría lo que había sido ordenado en cuanto a su indemnización. Al marqués de Santa Cruz se le ordenaba que volviese y colaborase con sus galeras y las portuguesas a asegurar las costas. La Armada del Mar Océano podría ser dividida, para que 15 navíos bajo el mando de Juan de Fajardo custodiasen el estrecho de Gibraltar, junto a algunas galeras que estaban destinadas a ello, y otros 15 fuesen utilizados en otros lugares donde fuese preciso. Las galeras de Cataluña y Denia podrían servir en las costas de su región. Las reservas preparadas para la campaña serían utilizadas para las fuerzas navales. Para la distribución y pago organizó el Rey una reunión entre el proveedor general, el entonces presidente del Consejo de Hacienda Brochero y el secretario Martín de Aroztegui. A Alberto había que escribirle que, como había propuesto Zúñiga, informase a Oñate sobre la cantidad y calidad de los soldados que sería posible alistar. El rey puso a consideración del Consejo de Estado cómo podría ser utilizada y apoyada la buena disposición manifestada por el rey de Inglaterra de actuar para pacificar los asuntos de Bohemia.⁸⁰

De las disposiciones de Felipe III se desprende que su decisión de renunciar por ahora a la campaña contra Argel era irrevocable. La opinión de Agustín Messía sobre la inconveniencia de abandonar por 600.000 ducados para la guerra contra los rebeldes de Bohemia cosa tan importante como era conquistar Argel, la dejó el rey sin comentario. España debía ahora dedicarse sobre todo a la defensa de la península Ibérica con cierto aumento y recolocación de su fuerza naval en la parte oriental del Mediterráneo para los enfrentamientos ocasionales con la armada turca y en Europa central comprometiéndose a favor del emperador, con una ayuda que crecía constantemente y finalmente superó con mucho los seiscientos mil ducados autorizados en enero de 1619.

Una consecuencia inmediata del abandono de la empresa argelina fue el afán por suspender otros gastos relacionados con su preparación. A veces hubo problemas al hacerlo por causa de los contratos de entrega firmados. Los alimentos que ya habían sido entregados debían ser utilizados para el mantenimiento habitual de las tripulaciones, el resto debía venderse al mejor precio, igual que otras mercancías ahora innecesarias. El proveedor general escribió el 18 de enero al virrey de Cerdeña, el conde de Eril, que interrumpiese la fabricación de bizcocho y que, si hubiese ya comprado trigo y harina, les buscase una buena venta. Pero si no pudiese venderlos

⁸⁰ *Ibidem*.

sin pérdida, que hiciese fabricar con ellos bizcocho a pesar de todo, “pues era tan bueno” y era posible consumirlo en los veleros, galeras y en las guarniciones fronterizas. Al virrey de Mallorca Francisco Juan de Torres se le encargó que se esforzase por vender ventajosamente lo que había comprado, especialmente el trigo, la cebada, la paja, el vino, el aceite, las gallinas y los huevos. También los proveedores de diferentes partes de España recibieron instrucciones referentes a cosas que se habían comprado o encargado. Por ejemplo en Málaga debía interrumpirse la compra de todo, solo podía continuar la fabricación de bizcocho, dada su buena calidad y larga duración. Los toneles que habían sido ya fabricados y entregados allí debían ser vendidos a los productores de vino, había que parar la fabricación de otros, y lo mismo la compra de plomo. Todo lo que había sido suministrado y superaba las necesidades de la artillería, debía ser vendido también. Igualmente se contaba con la venta de los toneles innecesarios comprados en Sevilla, y de las duelas y el plomo que habían sido enviados allí desde Flandes. Al almirante Mena, que debía adquirir de las costas del Norte pinos y marineros, se le ordenó que volviese.⁸¹ Para los Países Bajos, donde tenía ya lugar el reclutamiento de los valones,⁸² anunció el 20 de enero Felipe III a Alberto que había decidido interrumpir todos los preparativos para la jornada secreta. Le pidió que se encargase de detenerlos a su vez en los territorios bajo su administración.⁸³

Conclusión

La exposición que antecede ha mostrado que en la política exterior española se llegó a un destacado cambio de prioridades en medio año, de julio de 1618, cuando el Consejo de estado se ocupó por primera vez de las cartas de Oñate sobre la rebelión en Praga, a enero de 1619. La conquista de Argel, considerada el medio más seguro de eliminar o al menos reducir considerablemente la amenaza de los ataques piratas a las costas españolas y a la navegación, y por ello un objetivo prioritario, fue desplazada por los acontecimientos en Bohemia. El rey español se asustó ante el peligro que la evolución de los acontecimientos tras la defenestración pudiese significar para ambas ramas de la casa de Austria como habían advertido repetidamente sobre todo Baltasar de Zúñiga, el conde de Oñate y el archiduque Alberto. Del proyecto, que ya intentó llevar a cabo Carlos V y había ocupado el pensamiento de Felipe II durante la mayoría de su reinado, no quedó más que un montón de papeles escritos. Esto era aún más sorprendente, si se tiene en cuenta que precisamente en la segunda mitad del año 1618 el plan de la “jornada secreta” había pasado a un estado relativamente avanzado de preparación, que indicaba que todo podía estar dispuesto para la primavera del año siguiente, para después efectuar el ataque en la época del año más conveniente.

⁸¹ Cfr. nota 60.

⁸² B. Cornet a Diego Ruiz de Rada, Bruselas, 2-IX-1619. Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Viena, Spanien-Varia 4, f. 160.

⁸³ Felipe III a Alberto, Pardo, 20-I-1619. De las anotaciones de Vlastimil Kybal, Archivo Nacional de la República Checa, transcripciones de Simancas, caja 4.

¿No renunció Felipe III demasiado fácilmente a su acariciado propósito, para el que había constituido anteriormente un obstáculo sobre todo la situación en Italia? Es verdad que desde el principio representó un papel importante la cuestión financiera, pero esta parecía estar resuelta con el aumento del millón estipulado inicialmente al millón setecientos mil ducados. La decisión de enviar a Oñate para gastos hasta septiembre seiscientos mil ducados había significado ciertamente una carga no planeada en las arcas del estado, pero no es posible sorprenderse ante A. Messía, que se asombraba de que la empresa argelina pudiese ser abandonada por semejante suma. Más tarde se demostró la capacidad de la corona española para obtener ingresos extraordinarios de ventas en Italia y enviar a Oñate otros cientos de miles ducados, pero en enero de 1619 pareció en efecto que el dinero entregado para la guerra en Bohemia amenazaba los preparativos del ataque contra Argel. Es sintomático que la mitad de los 600.000 ducados para el embajador español, a cuenta de los que había hecho reclutar en los Países Bajos 6.000 infantes y 1.000 jinetes, salió de los fondos destinados a la jornada secreta. Es también posible, sin embargo, que desempeñase también su papel el temor a que el dinero reservado para la campaña no fuese de verdad suficiente, cosa que ponían en duda en noviembre los cálculos de Gamboa, aunque entonces eso no cambiase nada en la decisión del rey de efectuar la planeada expedición. En todo caso tenía razón Agustín Messía, que advirtió al rey que si se desaprovechaba la oportunidad de realizar la empresa el año 1619 no volvería a presentarse una semejante en muchos años. Ceder a la opinión de que la evolución de los acontecimientos en Bohemia y sus posibles implicaciones internacionales eran prioritarias para España, significó en la práctica enterrar definitivamente el intento de liquidar la piratería argelina con la conquista de su base de operaciones. La decisión “provisional” del rey se reveló definitiva. Felipe III ciertamente no perdió interés en las noticias relativas a Argel, que directamente solicitaba del virrey de Mallorca,⁸⁴ pero era ya un interés sin perspectivas. Aunque se consiguió sofocar la rebelión bohemia con la ayuda del dinero y la diplomacia españolas, España estuvo desde el año 1621 ocupada con la reanudación de la guerra con las Provincias Unidas tras la expiración de la Tregua de los Doce Años y agotó sus recursos financieros y humanos en la Guerra de los Treinta Años y otros conflictos. No volvió a intentar conquistar Argel hasta 1775 con un ejército de veinte mil hombres, pero el comandante de la expedición, Alejandro O’Reilly, no fue más exitoso que el Emperador Carlos V.

(Traducción: Antonio Rivas)

⁸⁴ Francisco Juan de Torres, Mallorca, 30-VII-1619. AGS, Estado, leg. 1952, f. 294.

ANEXO I

Lo que se presupone que será menester para la empresa de Argel de gente, galeras y navíos, bastimentos, artillería, armas y municiones, y los demás pertrechos necesarios. Y el dinero que costará y se habrá de proveer, para haber de ir con Armada Real. Todo lo cual se apuntará aquí sumariamente porque se han hecho aparte relaciones particulares de ello (Madrid a 8 de noviembre de 1617).

Infantería española

En tercio de la real, rehaciéndole, mil infantes	1.000
Una leva de 4.000 bisoños con los cuales se podrán trocar los dos mil de las plazas de Berbería	4.000
De la Armada del Mar Océano	1.500
Del estado de Milán	2.000
De Nápoles	2.000
De Sicilia	1.000
Son los españoles	11.500

Infantería de Nápoles

Un tercio de cuatro mil lombardos	4.000
Dos de seis mil napolitanos	6.000
Una leva de tres mil valones, que si no los hubiere en Lombardía, podrían venir por el mar océano en navíos particulares	3.000
Un regimiento de cuatro mil tudescos, que si no los hubiere en Lombardía, se podría dar orden en levantarlos	4.000
Son las naciones	17.000

Caballería

De Milán 200 arcabuceros de a caballo	200
De la costa de Granada 50 jinetes	50
De Orán otros 50	50
La caballería	300
Infantería española	11.500
Infantería de naciones	17.000
Caballería	300
Son todos 28.800 hombres	28.000

Las cinco galeras de Malta avisan de las que vengán reforzadas, traerán 700 hombres que echar en tierra	700
Las galeras del gran duque podrán traer mil hombres	1.000
Son los que podrán traer estas galeras 1.700 hombres, pero hácese cuenta que estos no se desembarcarán por haber de estar estas galeras listas para lo que se ofreciere	1.700

Embarcación para esta gente

En la real y patrona, once galeras de España, cuatro de Portugal y dos de Cataluña, tres mil quinientos hombres	3.500
En 18 navíos de la Armada del Mar Océano	3.000
En 16 galeras del duque de Tursi los dos mil españoles de Lombardía	2.000
En cinco galeras del papa y cinco de la república de Génova 1.500 lombardos	1.500
Para embarcar 2.500 lombardos que quedarán de los 4.000 y cuatro mil alemanes y los 200 arcabuceros a caballo que han de venir de Milán quince a dieciséis navíos capaces que se podrán fletar en la costa de Génova y pedir al gran duque los dos que tiene	1.500 200 caballos
En las 20 galeras de la escuadra de Nápoles se embarcarán los 2 mil españoles de aquel tercio y mil napolitanos	3.000
Los 5.000 napolitanos que restan se embarcarán en doce naves en que entrarán las del duque de Osuna, el galeón de la religión de San Juan y los demás se podrán nolegiar (Nota: Las letras de esta palabra se ven claras)	5.000
Los mil infantes de las galeras tercio de Sicilia en las ocho galeras de aquel reino	1.000
Los 100 caballos de la costa de Granada y Orán y los de los oficiales del ejército se embarcarán en las galeras de España y Génova	100 caballos
Los 3.000 valones habrán de venir, como se ha dicho, en navíos particulares	3.000
En esta forma se acomoda la embarcación de toda la gente	28.000

La forma de disponer esto va apuntada en la relación particular que se ha hecho aparte y también se ha hecho una memoria de todas las órdenes que se habrán de dar para ejecución de todas las prevenciones que aquí van apuntadas.

El número de las galeras que se podrá juntar conforme a lo dicho serán 83	83 galeras
---	------------

El de los navíos redondos, haciendo cuenta que para traer los valones de Flandes serán menester quince, serán todos 60 60 navíos

Faltarán los que serán menester para traer de Sicilia los bastimentos que allí se han de prevenir. Otra cantidad de tartanas, saetías y barcos luengos y falucas, que lo dispondrá el que llevará a cargo la empresa.

Los bastimentos que se habrán de prevenir para el sustento de esta gente en cinco meses y en que partes

Bizcocho

En Nápoles 20.000 quintales	20.000 quintales
En Sicilia 16.000	16.000
En Génova 8.000	8.000
En Cerdeña 10.000	10.000
En España en diferentes partes 18.000	18.000
	74.000 quintales

Despensa

En Nápoles 3.000 quintales de tocino	3.000 quintales
En Génova 1.000 quintales de lo que pareciere	1.000
En Sicilia 4.500 quintales de atún y queso	4.500
En Cerdeña 3.500 de lo mismo	3.500
En España 4.000 quintales de toda despensa	4.000
	16.000 quintales

Vino

De Nápoles 2.500 botas	2.500 botas
De Sicilia 500 botas	500
De Génova	500
De Cerdeña	300
De España	2.000
	5.800 botas

De aceite y vinagre se hará la provisión donde pareciere mejor.

Artillería, municiones y pertrechos de campaña

De Nápoles se hace cuenta que se podrán traer diez cañones de a 30 libras de bala, doce medios cañones de los que traen en las crujías las galeras de Nápoles, ocho medias culebrinas con sus encabalgamientos de Nápoles y otros seis medios sacres que se tomarán de las dichas galeras, dos cañones gruesos que hay en las del duque de Tursi con sus encabalgamientos de campaña, que todas son 38 piezas de artillería 38 piezas de campaña Para las dichas piezas se han de traer de 200 balas arriba para cada una

38 piezas
de campaña balas

Pólvora, cuerda y plomo

pólvora

De Nápoles mil barriles

De Lombardía dos mil barriles

De Cartagena mil barriles

4.000 barriles

cuerda

De Lombardía cinco mil quintales de cuerda

5.000 quintales

plomo para balas

Plomo para balas 1.000 quintales de Nápoles y 1.000 de

Lombardía

2.000

Petares se han de traer de Nápoles con todos sus instrumentos y pertrechos y petarderos. Los encabalgamientos, guindaletas, carros, matos, trineos, martinetes, alzaprimas, zapas, palas, picos, clavazón, fraguas y otros adherentes al tren de artillería van puestos en la relación particular que de ella se ha hecho, a que se remite ésta por no alargarla más.

El gasto de dinero extraordinario que se presupone será menester para las prevenciones referidas fuera del ordinario que se tiene con las escuadras y tercios

Para levantar 4.000 españoles, 40.000 ducados

40.000 ducados

Para los 1.500 con que se ha de rehacer el tercio de la Real y el de la Armada

15.000

Por el sueldo de 5.500 españoles en tres meses, 99.000 ducados

99.000

Por el sueldo de 6.000 napolitanos en los dichos tres meses

108.000

Por el sueldo de tres meses de 8.000 lombardos y alemanes

144.000

Por el sueldo de tres meses de 3.000 valones

45.000

Para la leva de estos tres mil valones

30.000

Para la leva de los italianos y alemanes no se pone nada, haciendo cuenta que estarán levantados y que cuando se hayan despedido se habrán de levantar los italianos por cuenta de aquellos reinos pues es justo que acudan a esta ocasión con alguna parte del gasto.

Por el sueldo del maestro de campo general, sus tenientes y otros oficiales 2.000 ducados al mes	10.000
Para el gasto del hospital 30.000 ducados	30.000
Para entretenidos particulares	8.000
Para fletes de navíos	45.000
Para extraordinarios	100.000
Para los de artillería extraordinarios fuera de las Cosas efectivas que se piden en la relación aparte que han de venir de Nápoles y Lombardía	40.000
Para fletes de tartanas y otros navíos pequeños	10.000
Las raciones de los dichos 28.000 hombres en cinco meses que han de estar cumplidas de pan, vino y companaje se regulan a 32 reales cada una cada mes inclusa la costa de vasijas y costales en que se han de embarcar, y en los dichos cinco meses importan todas 407.272 ducados de los cuales se han de bajar 20.000 quintales de bizcocho peso de Castilla, 3.000 quintales de tocino y 2.500 botas de vino, que todo ha de venir de Nápoles. Lo cual importa 69.000 ducados, y asimismo se han de bajar 16.000 quintales de bizcocho peso de Castilla, 4.500 quintales de atún y queso y 500 botas de vino, que todo ha de venir de Sicilia e importará 62.000 ducados y entre ambas sumas hacen 130.000, los cuales descontados de dichos 407.272 que importan todas las raciones quedarán 277.272 ducados que son los que se habrán de proveer por la dicha cuenta de bastimentos 277.272 ducados que son los que se habrán de proveer por la dicha cuenta de bastimentos 277.272	1,001.272 ducados

Importa el dicho gasto un millón mil y doscientos y setenta y dos ducados, poniéndose todo muy cumplido y para tiempo de cinco meses, por lo que se tardará juntar y volver a sus puestos la gente, y también por el inconveniente que sería si en la ocasión faltase algo.

No se apunta nada aquí del tiempo en que esto ha de estar junto ni de las órdenes apretadas que se han de dar a los ministros de la ejecución para la puntualidad, porque se advertirá de palabra y por escrito como pareciere convenir, siendo esto lo sustancial y en qué consiste el buen suceso de la empresa.

En cuanto a personas particulares que convendrá vayan en cargos y cerca la persona del que llevare esto a cargo, se dará memoria a parte de lo que pareciere.
En Madrid a 8 de noviembre de 1617.

ANEXO II

Relación de lo que está ordenado en lo tocante a la jornada

ESPAÑA

Está mandado prevenir todo el tren (trayn) de la artillería que es necesario al general de ella, y librándole 25.000 ducados para el apresto. Y él ha dicho estará todo a punto para fin de marzo.

Está mandado al mismo que prevenga doce mil armas de gastadores de todos géneros y las armas que fueren menester para la infantería. Y dice que las tendrá prontas.

Ordenósele que previniese la pólvora y cuerda que pudiese juntar, y dijo que juntaría en España 3.000 quintales de pólvora y 2.000 de cuerda. Y se le proveyeron 87.000 ducados que pidió para todo, además de los 25.000 que arriba se dice, pero por haber dicho después que no podría dar tanta pólvora y pedir se trajese de Flandes 1.300 quintales de lo que él había de proveer acá, se le bajaron los 26.000 ducados que esto monta.

Para ajustar del todo esto del tren y pelotería que ha pedido el marqués de la Hinojosa se aguarda a Lechuga que ya no puede tardar. Y entonces se sabrá efectivamente el más dinero que convendrá librar para lo que toca a la artillería.

[En el margen] Ojo: Vino Lechuga y ha dado nuevas relaciones sobre lo del tren, y es de parecer que se traigan de Flandes 30 medios cañones y 10 cañones de Nápoles con 1.000 balas para cada uno, pero ha se resuelto que dé una vuelta a los magacenes de España y vea lo que hay en ellos, y si acá se pudiese juntar todo el tren, se haga, y si no, se hará traer de Flandes y Nápoles lo que pide.

Para los 40.000 quintales de bizcocho que se han de labrar en España se ha dicho al proveedor general que cuide de ello y él ha dicho que tiene ya concluido el asiento de ellos con unos genoveses que lo dan en Cataluña.

Ha se le dicho también que además de estos 40.000 quintales haga labrar otros 10 o 12 mil en Cerdeña porque él mismo ha dicho que vale allí el trigo muy barato.

También tiene a su cargo la provisión del atún, tocino, queso, vino, legumbres aceite y vinagre con todos los demás adherentes que competen a bastimentos.

Está encargado de la pipería, tripitrapes y otras cosas concernientes a su cargo y él tiene dinero a su disposición para librarlo cuando sea menester. Y se le ha advertido que ha de estar pronto todo para fin de marzo, así esto de las provisiones como lo de la fábrica de vellón.

Corre por su cuenta la provisión de las 9.000 fanegas de cebada que se han de comprar para la caballería y de todo lo que se ha de juntar y prevenir en Italia y en España y las demás partes. Se le ha dado una relación muy amplia para que se gobierne por ella.

MILÁN Y GÉNOVA

En Génova está mandado labrar 3.000 quintales de bizcocho y comprar 1.000 fanegas de cebada. Y se ha dado orden para ello y remitido 10.000 ducados a don Juan Vivas.

Al duque de Osuna se le ha escrito que prevenga 6.000 quintales de cuerda y avise el precio para que se le remita el dinero. Después se entendió valdría más barata en Flandes y se le escribe ahora que si el precio a que vale en Flandes, que es de 28 a 30 reales, fuere mejor que el de Milán, lo avise luego al marqués Spinola para que la compre en Flandes.

Hásele escrito también que avise lo que costará la leva de los alemanes, romanos y lombardos para proveerle el dinero que son 9.000 en todos y 3.000 de cada nación.

FLANDES

Ha se escrito días ha al señor archiduque que avise lo que costará la leva de 3.000 valones y los fletes de los navíos que han de venir, y por no haber respondido se despacha ahora correo yente y viniente, solicitándole a que responda.

[En el margen] Ya respondió Su Alteza y el marqués Spinola. Y ahora se les volverá a despachar con aviso de lo que han de hacer.

Envíanse con el mismo correo al marqués Spinola las letras de 70.000 ducados. Los 50.000 a cuenta de los 8.000 quintales de plomo y de los 3.800 de pólvora que ha de comprar allí para enviar acá y los 20.000 para la pipería, y se le dice avise luego lo que montará todo para librárselo. Y que si el duque de Feria se lo avisare de Milán compre también allí los 6.000 quintales de cuerda que el duque había de prevenir.

NÁPOLES Y SICILIA

Ha se escrito a los virreyes sobre la fábrica de bizcocho, al de Nápoles que tenga de 28.000 a 30.000 quintales y al de Sicilia de 18.000 a 20.000 quintales. Y al respecto de esto todo lo demás que toca a despensa para 5 meses.

El marqués de Santa Cruz lleva relación particular de lo que ha de dar cada reino así de gente como de bajeles y bastimentos y de lo que se ha de prevenir en Génova y Milán. Y se le ha escrito abrevie el viaje y avise luego lo que halla en cada parte y si en la ribera de Génova se hallará embarcación para los alemanes, romanos y lombardos y como y de donde se podrá juntar.

Ha se escrito al virrey de Mallorca envíe de allí persona a Argel que le avise de lo que allá se hace, lo que se previene así por tierra como en la mar.

[En el margen] Avisó del reino del despacho y del modo en que encaminaba la persona que se le ordenó a Argel y que en volviendo dará cuenta de lo que trajere.

Madrid a 20 de septiembre 1618.

Después que se hizo esta relación de arriba se despachó a Flandes con relación de lo que dijo Lechuga se pidiese de allí para la artillería que son 30 medios cañones

con todos sus encabalgamientos y pertrechos necesarios y 1.000 balas para cada uno, artilleros, gentiles hombres, tirantes y otras cosas necesarias. Y hasta ahora no ha respondido el archiduque si lo puede dar o no. Y se aguarda la respuesta.

También respondió el marqués Spinola que habría alguna dificultad en juntar los 1.300 quintales de pólvora que últimamente se le pidieron, pero si por acá no hubiese forma de hallarla, se le avise para que la comprase en Alemania y donde la hallase. Y se le escribe que la compre dondequiera que la halle.

Escríbesele que suspenda la compra de los 8.000 quintales de plomo porque en Sevilla y Málaga se halla más barato toda la dicha cantidad de lo que avisó que valía en Flandes.

También se envió memoria a Nápoles de lo que de allí pide Lechuga que son 10 cañones con 1.000 balas cada uno y algunos artilleros y un ingeniero. Y se ordenó al marqués de Santa Cruz y a los virreyes que avisen de lo que efectivamente podrán dar y de la embarcación que habrá para la gente y si estará todo pronto para el tiempo que se pide.

El duque de Feria avisó haber comprado los 6.000 quintales de cuerda de arcabuz que se le ordenó y que los tendrá en Génova para el tiempo que se le señaló. Costaron 14.600 escudos.

Habíase ordenado que los 2.000 alemanes del tercio de Madruzo pasasen a Cerdeña y se conservasen allí este invierno, pero no llegó al tiempo la orden. Y los reformó el duque de Feria y así se habrán de levantar otros a su tiempo

El proveedor general efectuó el asiento de los 40.000 quintales de bizcocho en Cataluña como se le ordenó y va disponiendo el fabricar otra cantidad en Cartagena y Málaga. Y despachó a Cerdeña para hacer también allí otro pedazo. Y ha se le dado orden para que apesure las provisiones de los demás bastimentos y cosas necesarias conforme a la memoria que se le dio y a la relación que él mismo hizo.

Están ya nombrados pagador y contador para la jornada y mandado entregar al pagador 200.000 ducados para que los distribuya por órdenes del provisor general.

Ha se ordenado al Consejo de Guerra que dé prisa a la fábrica de la escuadra de Vizcaya para que por todo marzo salga a navegar.

Al presidente de Hacienda se le ha dado orden para que provea de lo necesario para la Armada del Mar Océano por cuenta de su asignación y avisado al Consejo de Guerra que le haga solicitar que todo esté a punto para la primavera.

El proveedor general tiene relación de la gente que se ha de juntar en España para que prevenga la embarcación, haciendo cuenta del número de bajeles y galeras que han de tener las escuadras de España y la Armada Real.

Hásele advertido que tenga algunos bastimentos en Lisboa para los 1.500 portugueses que se han de levantar y que se valga de las carabelas grandes de aquel reino del Cabo de Aguer para la embarcación y llevar provisión de bastimentos.

El maestro de campo Lechuga partió, como se le mandó, a ver los magacenes de la artillería y ha avisado como llegó a Cartagena y lo poco que allí había hallado de provecho, que en reconociéndolo todo pasaría a Málaga, a Cádiz y Sevilla y dará cuenta de lo que hubiere.

Para el apresto y conducción de las pinazas que han de venir de Vizcaya se ha enviado a llamar a la armada y al capitán Mena y en llegando aquí pasará a tratar de ello luego.

Ha se escrito al papa y potentados, pidiéndoles sus galeras, y a Malta y Florencia los navíos que tienen, y al gran duque se le piden 1.000 infantes de los mejores que tuviere. Y se han enviado ya estos despachos al marqués de Santa Cruz y duque de Osuna y al conde de Castro.

Todo el cobre que es necesario para la fábrica del vellón dice el proveedor general que está comprado y que estarán fabricados por todo marzo el millón y 400 ducados. Y él tiene esto a su cargo. Pero conforme al tanteo que está hecho por menor de lo que será menester faltan 340.000 y tantos ducados.

Ha se dado orden al presidente de Hacienda que procure añadir en el asiento grande de las provisiones otros 300.000 ducados a pagar a fin de abril o mayo de 1619, y él dificulta mucho el poderlo hacer.

Este es el estado que tiene lo de la jornada hoy 18 de noviembre 1618.

[En el margen] Ojo: Hasta aquí ha visto Su Majestad esta relación.

Después que se añadió lo de arriba se ha tenido aviso de la llegada del marqués de Santa Cruz a Génova y en conformidad de lo que se escribió se ordenó a los virreyes de Nápoles y Sicilia no despidan los napolitanos que se enviaron de Lombardía a aquellos reinos si fuere a tiempo de poderlo hacer.

Ordenose al duque de Feria que mantenga en el estado de Milán los 2.600 lombardos que quería enviar a Cerdeña en lugar de los alemanes, si ya no los hubiese enviado, y para en caso de haberlos enviado a Cerdeña se ordenó al conde de Eril que los acoge.

Avisó el duque de Feria que la leva de los alemanes y lombardos costará 74.688 escudos. Y se ha dado memoria y orden al proveedor general para que esta suma esté pronta en Milán a fin de febrero.

Ordenose al dicho duque que haga dar al marqués de Santa Cruz las armas de gastadores que hay en el Final y todo lo demás que el marqués le pidiere.

Que prevenga las tiendas de campaña que hubieren quedado de las de Asti y Vercelli y si no las hubiese de provecho haga hacer en Génova docena y media porque de Flandes se traen cuatro para las municiones.

Hánsele remitido al duque los 14.600 escudos que escribió costaban los 6.000 quintales de cuerda.

Envió don Juan Vivas memoria de los bastimentos que son menester para la infantería que se ha de embarcar en Génova y se acordó que se comprasen en Cerdeña y se ha enviado memoria de todo al proveedor general para que lo haga, y de la embarcación que ha de prevenir para la dicha infantería, que faltara sólo para 1.600 hombres que allá hay.

Avisó el marqués de Santa Cruz que en la Elba no se labra pelotería para la artillería y se ha dado orden al general de ella que haga pesar toda la que hay en los magacenes de España y apartar la de cada calibre para ver la que puede servir y la que faltará.

Escribió el marqués que sería bien fletar a su tiempo las barcas que hay en la costa de Cataluña para navegar el bizcocho que allí se fabrica y vararlas después

en tierra, que sirvan de magacenes, y si no hubiere en la Cataluña las que basten, se fleten en la ribera de Génova. Y se ha dado memoria al proveedor general para que a su tiempo lo haga así.

Resolvió Su Majestad que además del bizcocho que se fabrica en Cataluña, que son 40.000 quintales, se fabriquen 50 en Cerdeña y se haga allí provisión de los demás bastimentos que hubiese y que para esto se provean 100.000 ducados en reales de 8 y de 4, y que con ellos pasen de Génova el veedor de las galeras de aquella escuadra Ginés de Torres y Gracián de Albizu y un oficial del pagador general que llevó letras de 200.000 ducados para Génova, los 100.000 a pagar a 15 días vistas y los 100.000 a pagar a 15 y fin de febrero que podrán servir para las levadas de alemanes y lombardos. Partió de Madrid a 20 de este porque no se dieron antes las letras.

También resolvió Su Majestad que se provean 20.000 fanegas de trigo para hacer harina y tenerla en Mallorca de respecto, porque no se gaste el tiempo que allí se detuviere la armada el bizcocho, sino para fresco.

El maestro de campo Lechuga avisó que hay en Cartagena 10 cañones de batir y las balas necesarias para ellos de 33 a 35 libras y que dejaba ordenado se hiciesen los encabalgamientos necesarios.

Que en Málaga hay seis piezas de campaña que tiran a 7 libras de bala y que hay la pelotería necesaria para ellas. Y los 8 medios cañones que se funden en Lisboa y otra partida de a 24 libras que podrán servir para los medios cañones que se han pedido a Flandes. Escribió que pasaba a Cádiz, Sevilla y Gibraltar y que avisará lo que allí hallare. No se tiene noticia que haya llegado.

El señor archiduque respondió que se proveerá de Flandes todo lo que de allá se pide, proveyéndole luego el dinero que avisa era necesario, que son cerca de 300.000 ducados, diciendo que es forzoso fundir otra tanta artillería como la que se le pide por el peligro que allá se correría sin ella en caso que las Islas rompan la tregua o suceda otra cosa como se puede temer de la mano y autoridad que en ellas ha tomado el conde Mauricio.

Ha se dado memoria al proveedor general y ordenándole que provea luego el dinero, y aunque ha 20 días que se le solicita por las letras y el debe de hacer todo esfuerzo por ellas, no las dan los hombres de negocios, pretendiendo incluir esta partida en los asientos grandes.

De todo lo demás que se ha de prevenir en España se ha dado relación muchos días ha al proveedor general, pero con las dificultades que puso el presidente de Hacienda en el despacho del proveedor general y en la libranza y entrega del dinero que Su Majestad mandó entrarse en su poder, están muy atrasadas todas y el tiempo muy adelante para lo mucho que hay que hacer.

El apresto de la Armada del Mar Océano, que es el nervio principal de lo que en España se junta, dicen que está tan a los principios que hasta hoy no se ha empezado ni librado su consignación como Su Majestad lo tiene mandado al presidente de Hacienda días ha.

La nueva escuadra que se fabrica en el señorío de Vizcaya tampoco se cree que pueda salir y navegar por todo marzo como sería menester, aunque Su Majestad ha mandado al Consejo de Guerra le dé toda la prisa posible.

El almirante Joseph de Mena que Su Majestad mandó venir de la Armada para pasar a la costa de la mar a lo de las pinazas llegó 10 días ha y está ya despachado aunque no se le ha dado el dinero. Partirá luego y el proveedor general tiene orden de proveerle 6.000 ducados para empezar el apresto y fábrica de ellas si no las hallare hechas todas que han de ser 20 o 24.

También se ha dado memorial al proveedor general de los 45.000 ducados que son menester para las levas que se han de hacer en Castilla y Portugal para que las tenga prontos a fin de febrero.

[En el margen] Hanse entregado al pagador general otros 200.000 ducados más para lo que se va proveyendo.

Este es el estado que tiene lo de la jornada hasta hoy 24 de diciembre 1618.

Archivo General de Simancas, legajo 1952, ff. 95-98 y 231 bis.